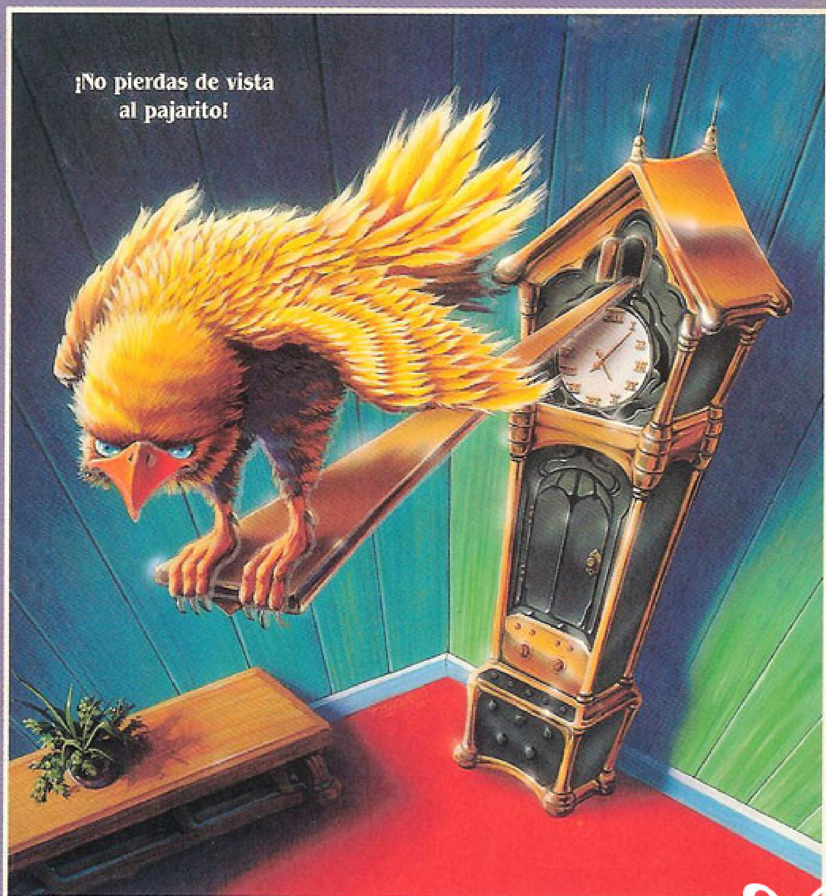
R.L. Stine

Pesadillas

El cuco maldito



Tara la Terrible. Así es como Michael Webster llama a la mocosa de su hermana. A ella le gusta poner en aprietos a Michael y hacer de su vida una piltrafa. Las cosas ya no pueden empeorar. Eso es lo que el chico creía hasta el día en que el señor Webster trajo a casa un antiguo reloj de cuco, viejo y caro, con la orden de que nadie lo tocara.

¡Pobre Michael! Debió haber obedecido a su padre. Porque ése es un reloj encantado sobre el que pesa un extraño y peligroso hechizo. A partir de ahora la vida de Michael no volverá a ser la misma.



R. L. Stine

El cuco maldito

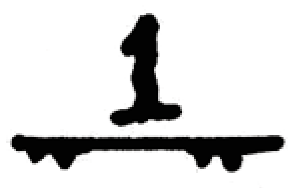
Pesadillas - 20

ePub r1.1
javinintendero 21.01.15

Título original: *Goosebumps #28: The cuckoo clock of doom*
R. L. Stine, 1995
Traducción: Helena Martín

Editor digital: javinintendero
ePub base r1.1





—Michael, tienes los cordones desatados.

Mi hermana Tara me sonreía, sentada en los escalones frente a la casa. Otra de sus bromitas idiotas. Como no soy tonto, no bajé la vista para mirarme el zapato. Si lo hacía, seguro que ella me daría una palmadita en la barbilla o algo por el estilo.

—Ya… ¿Crees que voy a caer en esa vieja trampa? —le dije.

Mamá acababa de llamarnos a cenar a mí y a la mimada de mi hermanita. Una hora antes nos había echado de casa porque ya no podía soportar nuestras peleas, pero era imposible no discutir con Tara. Cuando empezaba con sus jueguecitos estúpidos era incapaz de parar.

—En serio —insistió—. Tienes los cordones desatados. Vas a tropezar.

—Ya vale, Tara —protesté, y comencé a subir los escalones.

De pronto noté que el zapato izquierdo se me pegaba al cemento. Tuve que tirar de él para desengancharlo.

—¡Puajj! —exclamé. Había pisado algo viscoso.

Miré a Tara de reojo. Mi hermana es una renacuaja delgaducha con la boca grande como la de un payaso y el pelo liso recogido en dos coletas. Lo peor de todo es que la gente dice que nos parecemos. Pero yo no tengo el pelo largo y fino, sino corto y espeso, y tengo una boca normal, no de payaso. Aunque soy un poco bajo para mi edad, no estoy delgado. O sea, que no me parezco en absoluto a Tara.

Mi hermana se echó a reír.

—Yo de ti miraría al suelo —me desafió, con tono burlón.

Bajé la mirada y comprobé que, como sospechaba, no tenía los cordones desatados. Pero acababa de pisar un trozo enorme de chicle que, si me hubiera mirado los zapatos, habría visto a tiempo. Sin embargo, mi hermanita sabía que si ella me lo decía yo no lo haría. La terrible Tara me había vuelto a engañar.

—Me las vas a pagar —gruñí. Intenté agarrarla, pero ella se escabulló y entró en casa corriendo.

Mientras la perseguía, ella se puso a gritar como una loca y, al llegar a la cocina, se escondió detrás de mi madre.

—¡Mamá! ¡Socorro! ¡Michael me quiere pegar! —chilló.

Como si yo le diera miedo. ¡No se lo creía ni ella!

—¡Michael Webster! —me riñó mi madre—. Deja de perseguir a tu hermana.

Entonces mi madre me vio los zapatos.

—¿Qué es eso? ¿No será chicle? ¡Michael, lo estás arrastrando por todo el suelo!

—¡Ha sido culpa de Tara! ¡Ella me hizo pisarlo! —me lamenté.

Mamá frunció el ceño.

—¡Qué tontería! Michael, no digas mentiras.

—¡Pero si es verdad! —protesté.

Mi madre sacudió la cabeza con enfado.

—Si vas a mentir, al menos hazlo bien.

Tara se asomó por detrás de mamá para picarme.

—Eso, Michael —dijo, riéndose. Estaba encantada.

Tara siempre me mete en líos. Al final mis padres acaban echándome la culpa a mí de cosas que ha hecho ella. Y ella, ¿no se porta mal a veces? Qué va, ella nunca. Para mis padres es un angelito que nunca rompe un plato.

Yo tengo doce años y Tara siete. Por culpa de ella, los últimos siete años de mi vida han sido una tortura. Qué lástima que no recuerde muy bien los primeros cinco: los años pre- Tara. ¡Debieron de ser formidables! Tranquilos, relajados, divertidos…

Salí al porche de atrás para limpiarme la suela del zapato. Fue entonces cuando oí el timbre y a papá que gritaba:

—¡Ya está aquí! ¡Ya voy!

Todos nos congregamos ante a la puerta de la casa para ver a

dos hombres que entraban cargando un objeto largo y pesado envuelto en una tela acolchada de color gris.

—Cuidado, es muy antiguo —les dijo mi padre—. Pasen por aquí. ,

Papá condujo a los hombres hasta su estudio, donde depositaron el objeto y empezaron a desenvolverlo. Tendría más o menos mi mismo tamaño y treinta centímetros más de altura.

—¿Qué es? —preguntó Tara.

Papá no contestó inmediatamente, sino que se frotó las manos con nerviosismo. Nuestro gato, Bubba, se deslizó hasta mi padre y se restregó contra sus piernas.

Cuando quitaron la tela gris que lo cubría, vi un reloj antiguo muy bonito. Era casi todo negro, pero estaba pintado con muchos dibujos dorados, plateados y azules, y decorado con grabados, relieves y remates. El reloj en sí tenía la esfera blanca, las manecillas doradas y números romanos también dorados. Observé que debajo de los dibujos había unas ventanitas secretas y, en medio del reloj, una gran puerta.

Los hombres recogieron la tela gris, papá les pagó y se marcharon.

—¿A que es genial? —exclamó papá con entusiasmo—. Es un reloj de cuco antiguo. Una verdadera ganga. ¿Conocéis esa tienda que está en frente de mi oficina, Antigüedades Anthony?

Todos asentimos.

—Pues este reloj llevaba allí quince años —nos contó papá, mientras le daba unos golpecitos cariñosos—. Cada vez que pasaba por delante del escaparate, me paraba a mirarlo. Siempre me ha encantado y finalmente Anthony me lo ha vendido.

—Qué guay —comentó Tara.

—Pero si hace años que regateabas con Anthony y él siempre se negaba a bajar el precio —dijo mamá—. ¿Por qué ahora?

El rostro de mi padre se iluminó.

—Bueno, hoy a la hora de comer he ido a la tienda y Anthony me ha dicho que había descubierto un pequeño defecto en el reloj.

Yo lo examiné para ver si lo encontraba.

—¿Dónde?

—No me lo ha querido decir. ¿Vosotros veis algo?

—Yo no veo nada —contestó Tara.

—Yo tampoco —añadí yo.

—Ni yo —dijo mi padre—. No sé a qué se refiere Anthony. Le he dicho que seguía interesado en el reloj. Y, aunque él ha hecho lo posible por disuadirme, yo he insistido. Si el defecto es tan minúsculo que ni siquiera se ve, ¿qué más da? Y además, a mí me encanta.

Mamá se aclaró la garganta.

—No sé, cariño. ¿Tú crees que queda bien en el estudio? —Por su cara deduje que no le gustaba el reloj tanto como a papá.

—¿Y en qué otro sitio podríamos ponerlo? —preguntó él.

—No sé… ¿En el garaje?

Papá se rió.

—¡Muy graciosa!

Mamá negó con la cabeza. No lo había dicho en broma, pero no hizo ningún comentario más.

—Es justo lo que necesita el estudio, ya verás —le aseguró a mi madre.

En ese momento me fijé en una pequeña esfera de oro situada en uno de los lados del reloj. Parecía un reloj en miniatura, aunque tenía una sola aguja dorada y unos numeritos pequeñísimos que iban del 1800 al 2000. La aguja apuntaba a uno de los números: 1996. Debajo de la esfera había un botón también dorado incrustado en la madera.

—No toques ese botón, Michael —me avisó papá—. La esfera indica el año y ese botón sirve para cambiarlo.

—¿Para qué? —comentó mamá—. Todo el mundo sabe qué año es.

Papá no le hizo caso.

—El reloj fue construido en 1800, el primer año de la esfera. Cada año la aguja avanza un poco para indicar la fecha.

—¿Y por qué se acaba en el año 2000? —preguntó Tara.

Papá se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que el relojero no podía imaginar que el año 2000 fuese a llegar. O quizá pensó que el reloj no iba a durar tanto.

—A lo mejor pensó que en 1999 sería el fin del mundo —sugerí

yo.

—Puede ser —respondió papá—. De todos modos, no quiero que lo toquéis. Es mejor que nadie se acerque al reloj; es muy antiguo y muy, muy delicado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, papi —dijo Tara.

—Yo no pienso tocarlo —le prometí.

—Mirad —dijo mamá, señalando al reloj—. Son las seis. La cena casi…

Una sonora campanada interrumpió a mi madre. A continuación se abrió una ventanita situada justo encima de la esfera y de ella salió un pájaro con una cara horrible que voló directamente hacia mi cabeza.

Yo solté un grito.

—¡Está vivo!



—¡Cucú! ¡Cucú!

El pájaro amarillo agitó las alas y me miró con unos siniestros ojos azules. Después de hacer «cucú» seis veces, volvió a meterse en el reloj y la puertecita se cerró tras él.

—No está vivo, Michael —dijo papá, riéndose—. Aunque sí que parece de verdad, ¿no? ¡Es una maravilla!

—¡Gallina! —se burló Tara—. Te has asustado. ¡A Michael le da miedo un reloj! —Tara alargó la mano para pellizcarme.

—¡Déjame en paz! —gruñí, y la aparté de un empujón.

—Michael, no empujes a tu hermana —me regañó mamá—. ¿No te das cuenta de que eres más fuerte que ella y podrías hacerle daño?

—Eso —subrayó Tara.

Papá siguió admirando el reloj. No podía apartar los ojos de él.

—No me extraña que te sobresaltara —explicó—. Este reloj tiene algo especial. Lo construyeron en la Selva Negra, en Alemania, y dicen que está hechizado.

—¿Hechizado? —repetí—. ¿Con magia? ¿Cómo?

—Cuenta la leyenda que el hombre que hizo el reloj poseía poderes mágicos y decidió hechizarlo. Dicen que quien conoce el secreto puede utilizarlo para viajar en el tiempo.

Mamá soltó una carcajada de incredulidad.

—¿Eso te ha contado Anthony? ¡Menudo truco para vender un reloj!

Pero papá no le hizo mucho caso.

—Nunca se sabe —respondió—. Tal vez sea verdad. ¿Por qué no?

—Yo me lo creo —comentó Tara.

—¿Has visto? Herman, haz el favor de no explicarles más tonterías a los niños —dijo mamá enfadada—. Luego todo son problemas. Mira a Michael; no hace más que inventarse historias y contar mentiras. Creo que lo ha heredado de ti.

—¡Yo no me invento nada! —protesté—. ¡Siempre digo la verdad!

¿Cómo podía decir eso de mí?

—No creo que usar la imaginación de vez en cuando les haga daño.

—Una cosa es imaginar —dijo mamá—, y otra muy distinta es mentir.

¡No podía ser! Mamá estaba siendo muy injusta conmigo, pero lo peor de todo era la expresión triunfante de Tara. Al parecer, su misión en la vida era hacerme quedar mal. Me daban ganas de borrar esa sonrisa de su rostro para siempre.

—La cena ya casi está —anunció mamá y salió del estudio, seguida del gato—. Vosotros, id a lavaros las manos.

—Y recordad —insistió papá—: nada de tocar el reloj.

—Tranqui —dije yo.

La cena olía bien. Me dirigí hacia el baño para lavarme las manos, pero cuando pasé por delante de Tara, ella alargó el pie y me pisó con fuerza.

—¡Au! —grité.

—¡Michael! —rugió papá—. ¡No hagas tanto ruido!

—Pero, papá… Tara me ha pisado.

—No es para tanto. Ella es mucho más pequeña que tú.

El pie me dolía muchísimo. Cojeando, me encaminé hacia el cuarto de baño. Tara me siguió.

—Eres un quejica —me provocó.

—Cállate —le contesté. ¿Por qué me tenía que tocar la peor hermana del mundo?

Cenamos pasta con salsa de tomate y champiñones. Mamá estaba en una fase de «nada de carne ni grasas». A mí no me importó, porque aquella pasta era un banquete comparado con lo

que habíamos comido la noche anterior: potaje de lentejas.

—¿Sabes, cariño? —se quejó papá—. Una hamburguesa no le hace daño a nadie.

—No estoy de acuerdo —respondió mamá. No tenía por qué seguir; nos sabíamos de memoria sus discursos sobre las grasas y los conservantes artificiales.

Papá cubrió su pasta con una espesa capa de queso rallado.

—Quizá debería prohibiros entrar en el estudio —sugirió papá —. Me horrorizaría que rompierais el reloj.

—Pero papá, esta noche tengo que hacer los deberes en el estudio —expliqué yo—. Tengo que escribir un trabajo sobre los medios de transporte en distintos países y necesito consultar la enciclopedia.

—¿Y no te la puedes llevar a tu habitación? —preguntó papá.

—¿Todos los tomos?

Papá suspiró, vencido.

—Está bien. Puedes usar el estudio por esta noche.

Yo también tengo que utilizar la enciclopedia —anunció Tara.

—¿Qué dices? —solté yo. Lo único que quería Tara era venir a molestarme.

—Es cierto. Tengo que leer cosas sobre la fiebre del oro.

—Te lo estás inventando. La fiebre del oro no se estudia en segundo, sino en cuarto.

—¿Y tú qué sabes? La señorita Dolin nos está enseñando la fiebre del oro ahora. A lo mejor los de mi clase estamos más avanzados que los de la tuya.

—Michael, vale ya —intervino mamá—. Si Tara dice que tiene que consultar la enciclopedia, ¿por qué discutir más?

Solté un suspiro de frustración y me metí una cucharada de pasta en la boca. Tara aprovechó que mamá no miraba para sacarme la lengua.

«No vale la pena protestar —pensé—. Cada vez que lo hago se me cae el pelo.»

Después de cenar me llevé la mochila al estudio. Ni rastro de Tara… todavía. Con un poco de suerte quizá tuviera tiempo de hacer mis deberes antes de que entrara a darme la lata.

Cuando dejé los libros en la mesa de papá, los ojos se me fueron

hacia el reloj de cuco. No es que fuera bonito (era bastante feo), pero me fascinaban todos esos botones e incrustaciones. Parecía mágico de verdad.

Pensé en el defecto que papá había mencionado y me pregunté qué sería: ¿un bulto, un engranaje roto o tal vez un poco de pintura pelada?

Me volví hacia la puerta y vi a Bubba que entraba en el estudio ronroneando. Mientras lo acariciaba, oí a papá y mamá en la cocina recogiendo los platos de la cena. Supuse que no les importaría si examinaba el reloj un poco más de cerca.

Con mucho cuidado de no tocar ningún botón, me quedé contemplando la esfera que indicaba el año. Pasé el dedo por el reborde plateado y miré la puertecita que había encima de la esfera principal. Sabía que detrás de ella estaba el cuco, listo para saltar en el momento adecuado. Como no quería que me sorprendiese de nuevo, comprobé la hora. Las ocho menos cinco.

Debajo de la esfera del reloj vi otra puertecilla, ésta bastante grande. Agarré el pomo dorado y me pregunté qué habría detrás de ella. ¿Los engranajes? ¿El péndulo?

Volví la cabeza y miré atrás para asegurarme de que no me veía nadie. Decidí que no pasaría nada si le echaba un vistazo rápido al interior del reloj, así que tiré del pomo dorado, pero la puertecilla no se abrió.

Tiré con más fuerza y finalmente cedió.

Lancé un grito cuando de repente surgió de allí un enorme monstruo verde que me agarró y me derribó.

3

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Ayudadme! —chillé.

El monstruo alzó sus largas garras y yo me cubrí la cara pensando que me iba a destrozar.

—¡Cuchi cuchi cuuu! —se rió el monstruo mientras me hacía cosquillas con las garras.

Abrí los ojos y vi a… ¡Tara! ¡Era Tara con su viejo disfraz de monstruo! Mi hermana se tiró al suelo, desternillándose de risa.

—¡Eres tan fácil de asustar! —exclamó—. ¡Si vieras la cara que has puesto cuando he salido del reloj!

—No me hace gracia—me lamenté—. Es…

¡Dong!

¡Cucú! ¡Cucú! ¡Cucú! ¡Cucú!

El pájaro había aparecido de pronto y entonaba su llamada.

—Bueno, sí, confieso que volvió a asustarme.

Pero eso no justifica que Tara se partiera de risa.

—¿Qué pasa aquí? —Junto a la entrada del estudio, papá nos miraba con furia. Señaló el reloj—. ¿Qué hace esa puerta abierta? ¡Michael, te he dicho que no te acercaras al reloj!

—¿YOOO? —exclamé.

—Michael estaba intentando atrapar el pájaro —mintió Tara.

—Ya me lo imagino —dijo papá.

—¡Papá, no es verdad! Ha sido Tara la que…

—Basta ya, Michael. Estoy harto de que cada vez que te portas mal le eches la culpa a tu hermana. Quizá tu madre tenga razón. Es todo culpa mía por contaros historias.

—¡No es justo! —chillé—. ¡Yo nunca me invento nada!

—Mentira —me contradijo enseguida Tara—. Papá, cuando yo he llegado, Michael estaba jugando con el reloj. Yo ya le he dicho que parase.

Papá se tragó todo lo que le decía su hijita querida. Como no podía hacer nada para que me creyera, me fui del estudio dando un portazo.

Tara era un trasto, pero nunca le echaban la culpa de nada. Ni siquiera de estropear mi cumpleaños.

Cumplí doce años hace tres días. Normalmente a la gente le gusta celebrar su cumpleaños porque se supone que es una ocasión divertida, ¿no? Para mí no. Tara consiguió que mi cumpleaños fuera, si no el peor, sí uno de los peores días de mi vida.

Primero estropeó mi regalo. Yo sabía que mis padres estaban muy ilusionados con este regalo porque mi madre no hacía más que dar saltitos y decirme:

—¡No entres en el garaje, Michael! ¡Ni se te ocurra!

Estaba seguro de que habían escondido mi regalo ahí dentro, pero sólo para torturar a mamá le pregunté:

—¿Por qué no? ¿Por qué no puedo entrar en el garaje? Se ha roto el pestillo de mi habitación y necesito una herramienta de papá…

—¡No, no! —exclamó mamá—. Tu padre ya traerá las herramientas y te arreglará el pestillo. Tú no puedes entrar porque…, bueno, hay un montón enorme de basura y… apesta. Huele tan mal que podrías vomitar.

«¡Qué chorrada! —pensé—. ¡Y luego dice que he heredado la imaginación de papá!»

—Vale —le prometí—. No entraré en el garaje.

No lo hice, aunque era verdad que el pestillo de mi cuarto se había roto. No quería arruinar la sorpresa que me habían preparado, fuera lo que fuese.

Esa tarde íbamos a celebrar una gran fiesta. Yo había invitado a unos cuantos niños del colegio, y mamá había hecho un pastel y estaba preparando unos bocadillos. Papá corría por toda la casa, colocando sillas y colgando guirnaldas de papel.

—Papá, ¿te importaría arreglarme el pestillo de mi cuarto? —le pregunté.

Me gusta estar solo, así que el pestillo es imprescindible. Tara lo había roto la semana anterior cuando intentaba abrir la puerta a patadas.

—Lo que tú digas —contestó mi padre—. Hoy estoy a tus órdenes. Por algo es tu cumpleaños.

—Gracias.

Papá subió con la caja de herramientas y se puso a arreglar el pestillo. Tara merodeaba por el comedor, preparando alguna de las suyas. En cuanto se fue mi padre, arrancó una guirnalda y la tiró al suelo.

Después de reparar el pestillo, papá bajó para guardar la caja de herramientas y, al pasar por el comedor, se fijó en la guirnalda.

—¿Por qué no se aguantará esta guirnalda? —murmuró, mientras la volvía a pegar con cinta adhesiva. Unos minutos más tarde Tara volvió a arrancarla.

—Te he visto, Tara —le dije—. Estás intentando estropear mi cumpleaños.

—No hace falta que haga nada —replicó ella, con un gesto de asco—. Ya es bastante horrible por ser el día que tú naciste.

No le hice caso. Era mi cumpleaños y nada me iba a impedir pasármelo bien, ni siquiera Tara. O eso creía yo.

Una media hora antes de la fiesta, papá y mamá me llamaron para que fuera al garaje. Yo fingí que me había creído el cuento de mamá.

—¿Y esa basura apestosa?

—Ah, sí —se rió mamá—. Era mentira.

—¿De verdad? —me burlé—. Me lo había creído.

—Mira que creerte eso —comentó Tara—. Hay que ser tonto.

Papá abrió la puerta y yo entré en el garaje. Allí me esperaba una bicicleta de montaña completamente nueva. Hacía mucho tiempo que quería esa bicicleta. ¡Era la bici más alucinante que yo había visto en toda mi vida!

—¿Te gusta? —me preguntó mamá.

—¡Me encanta! —exclamé yo—. ¡Es fantástica! ¡Gracias!

—Qué bici tan guay —dijo Tara—. Mamá, yo también quiero

una así para mi cumpleaños.

Antes de que pudiera detenerla, Tara ya se había montado en mi nueva bicicleta.

—¡Tara, bájate! —le chillé.

Ella no me hizo caso. Intentó poner los pies en los pedales pero no le llegaban, y finalmente la bicicleta se cayó al suelo.

—¡Tara! —exclamó mamá, corriendo en auxilio de mi hermanita—. ¿Te has hecho daño?

Tara se levantó y se sacudió la ropa.

—No. Bueno, me he rascado un poco la rodilla.

Yo recogí la bici para inspeccionarla. Ya no estaba perfectamente negra y brillante, sino que tenía una enorme raya blanca en el manillar. Mi hermanita había destrozado mi regalo.

—¡Te has cargado mi bici!

—No exageres, Michael —dijo mi padre—. Es sólo un arañazo.

—¿Es que no te importa tu hermana? —me preguntó mi madre—. ¡Podría haberse hecho mucho daño!

—¡Es culpa suya! ¡No haber tocado mi bici!

—Michael, tienes que aprender a ser un buen hermano —me riñó papá.

«¡A veces me ponen a cien!», me dije.

—Vamos adentro —sugirió mamá—. Tus amigos estarán a punto de llegar.

Yo pensaba que la fiesta me haría sentir mejor; habría pastel, regalos y vendrían mis mejores amigos. ¿Qué podía salir mal?

Empezó bien. Uno a uno fueron llegando mis amigos y todos me trajeron cosas. Había invitado a cinco niños (David, Josh, Michael B., Henry y Lars) y a tres niñas (Ceecee, Rosie y Mona). Ceecee y Rosie no me caían demasiado bien, pero Mona sí. Mona tiene el pelo castaño, largo y brillante, y una nariz respingona bastante graciosa. Es alta, juega bien al baloncesto y me cae genial.

Ceecee y Rosie son las mejores amigas de Mona, así que para invitar a Mona tuve que invitarlas a todas. Son inseparables.

Las tres llegaron juntas. Se quitaron las chaquetas y vi que Mona llevaba un pantalón de peto rosa y un jersey de cuello alto blanco que le quedaba fenomenal. No me fijé en cómo vestían las otras niñas.

—¡Feliz cumpleaños, Michael! —gritaron todas desde el recibidor.

—Gracias —contesté.

Cada una me dio un regalo. El de Mona era pequeño y plano, e iba envuelto en papel plateado. Debía de ser un disco compacto, pero ¿cuál? ¿Qué tipo de disco me regalaría una chica como Mona?

Coloqué los regalos en una pila encima de la mesa del comedor.

—¡Eh, Michael! ¿Qué te han regalado tus padres? —preguntó David.

—Nada, una bici —respondí, intentando quitarle importancia—. Una bici de montaña.

Puse un disco compacto y a continuación mamá y Tara entraron con bandejas de bocadillos. Mamá regresó a la cocina, pero Tara se quedó.

—Qué graciosa es tu hermana pequeña —comentó Mona.

—Si la conocieras no dirías lo mismo —murmuré.

—¡Michael! Eso no se dice —dijo Mona.

—Es un hermano horrible —le contó Tara—. Siempre me está gritando.

—¡No es verdad! Anda, Tara, vete.

—No quiero —contestó, y me sacó la lengua.

—Déjala que se quede, Michael —me rogó Mona—. No molesta a nadie.

—Oye, Mona —intervino Tara—. ¿Sabes qué? Tú le gustas mucho a mi hermano.

Mona la miró sorprendida.

—¿Ah, sí?

Yo me puse como un tomate. Le lancé a Tara una mirada de odio; la habría estrangulado allí mismo si no hubiese tenido tantos testigos.

Mona se echó a reír y Ceecee y Rosie hicieron lo mismo. Por suerte los chicos no habían oído nada. Estaban jugando con el disco compacto.

¿Qué podía decir? Era verdad que me gustaba Mona. No podía negarlo porque la ofendería. Pero tampoco quería admitirlo.

«Ojalá pudiera morirme aquí mismo —pensé—. Trágame tierra.»

—¡Michael, estás muy colorado! —exclamó Mona.

Lars oyó a Mona y gritó:
—Webster, ¿qué pasa?
Algunos de mis amigos me llaman por el apellido.
Agarré a Tara y la arrastré hasta la cocina. Su risa resonaba en mis oídos.
—Muy bonito, Tara —susurré—. ¿Por qué tenías que decirle a Mona que me gusta?
—Es verdad, ¿no? —contestó la muy caradura—. Yo siempre digo la verdad.
—¡Y un jamón!
—Michael… —interrumpió mi madre—. ¿Ya vuelves a portarte mal con tu hermana?
No contesté, sino que salí de la cocina furiosísimo.
—¡Eh, Webster! —me llamó Josh cuando regresé al comedor—. Enséñanos tu nueva bici.
«Bien —pensé—, así nos alejaremos de las chicas.»
Conduje a mis amigos hasta el garaje. Todos se quedaron contemplando mi bici, haciendo gestos de aprobación. Parecían muy impresionados. Entonces Henry se fijó en el manillar.
—Eh, ¿qué es este arañazo enorme? —preguntó.
—Ya lo sé. Mi hermana…
Me callé y sacudí la cabeza. ¿De qué servía dar explicaciones?
—Vayamos a abrir los regalos —sugerí.
Todos corrimos de vuelta al comedor.
«Al menos me quedan otros regalos que Tara no puede estropear —pensé—. Aunque, si se lo propone, lo hará.»
Cuando entré en el comedor, mis sospechas se confirmaron. Tara estaba sentada en medio de un montón de papel de envolver y Rosie, Mona y Ceecee la observaban, divertidas.
Tara había desenvuelto casi todos mis regalos.
«Muchas gracias, Tara», pensé.
Estaba abriendo el último regalo: el de Mona.
—Mira lo que te ha regalado Mona, Michael —gritó Tara.
Efectivamente, era un disco compacto.
—¡Vaya, vaya! Son unas canciones de amor preciosas —se burló Tara.
Todo el mundo se echó a reír. Mi hermana les parecía

graciosísima.

Al cabo de un rato nos sentamos en el comedor para tomar helados y pastel. Fui a coger la bandeja con el pastel y mamá me siguió con los platos, las velas y las cerillas. Era mi postre favorito: bizcocho de chocolate cubierto de… chocolate.

Abrí la puerta de la cocina y entré en el comedor sosteniendo con cuidado el pastel. Lo que no vi fue el pie de Tara junto a la puerta. Tropecé, y el pastel y yo salimos volando por los aires.

Aterricé sobre el pastel. Boca abajo, por supuesto.

Algunos de los niños soltaron exclamaciones de sorpresa, mientras otros se aguantaban la risa. Yo me incorporé y me quité el chocolate de los ojos. La primera cara que vi fue la de Mona, muriéndose de risa y diciéndome:

—¡Qué desastre! Michael, ¿por qué no miras por dónde vas?

Mientras oía las risas sofocadas de los demás, contemplé el pastel destrozado. Ya no podía soplar las velas, pero no importaba. Decidí pedir un deseo igualmente.

«Ojalá pudiera volver a empezar este día desde el principio», pensé

Cuando me levanté y mis amigos me vieron completamente cubierto de chocolate, no aguantaron más y soltaron carcajadas.

—¡Pareces «la Masa»! —exclamó Rosie.

Aquello les hizo muchísima gracia. La verdad es que todo el mundo se lo pasó muy bien en mi fiesta. Todos menos yo.

Mi cumpleaños fue una catástrofe, pero no fue lo peor que me hizo Tara. Lo que pasó unos días antes no tiene nombre.

4

Ocurrió la semana antes de mi cumpleaños. Mona, Ceecee y Rosie iban a venir a casa a ensayar la obra de teatro del colegio. La pieza era una nueva versión del cuento *La princesa y la rana*, en la que Mona era la princesa y Ceecee y Rosie sus dos hermanas tontas.

«Perfectamente elegidas», pensé.

Yo interpretaba a la rana antes de que se convirtiese en príncipe. Al comienzo yo quería ser el príncipe, pero no sé por qué nuestra profesora de teatro le dio el papel a Josh. Luego caí en la cuenta de que el papel de rana era el mejor, porque Mona la besaba a ella, no al príncipe.

Las chicas iban a llegar en cualquier momento. Mientras tanto, Tara estaba sentada en la alfombra del estudio, torturando a nuestro gato Bubba. Bubba odiaba a Tara casi tanto como yo.

Mi hermana levantó al gato por las patas traseras para que hiciera la vertical. Bubba maulló, se agitó y se escabulló, pero Tara lo atrapó de nuevo y volvió a agarrarlo de las patas.

—Para ya, Tara —le ordené.

—¿Por qué? —dijo Tara—. Es divertido.

—Le estás haciendo daño.

—Qué va. A él le gusta. ¿No lo ves? Sonríe.

Tara le soltó las patas traseras, pero lo mantuvo agarrado con una mano. Con la otra le levantó las comisuras para que sonriera a la fuerza. Bubba intentó morderla, pero no lo consiguió.

—Tara, déjalo —le dije—. Y sal de aquí. Van a venir mis amigas.

—No —respondió ella, mientras intentaba que Bubba caminara

sobre las patas delanteras. Bubba se cayó de bruces.

—¡Tara, basta ya! —exclamé. Cuando intenté quitarle a Bubba, Tara lo soltó. El gato maulló y me arañó el brazo.

—¡Ay! —Bubba se me cayó al suelo.

—Michael, ¿qué le hacías al gato? —preguntó mamá desde la puerta. Bubba la sorteó y salió corriendo hacia el pasillo.

—¡Nada! ¡Me ha arañado!

—Si dejaras de molestarlo no te arañaría —me regañó y añadió —: Me voy arriba a acostarme un rato. Me duele la cabeza.

Al cabo de un momento sonó el timbre.

—¡Ya vamos nosotros, mamá! —grité.

Debían de ser las niñas. Las quería sorprender con mi traje de rana, pero aún no estaba listo.

—Tara, abre la puerta —le dije a mi hermanita—. Diles que me esperen en el estudio. Yo vuelvo ahora mismo.

—Vale —respondió Tara, y se dirigió hacia la puerta dando saltitos. Yo corrí escaleras arriba para cambiarme.

Después de sacar el traje del armario, me quité los pantalones y la camisa. Intenté bajar la cremallera del traje pero se encalló. Estaba en ropa interior, luchando con la cremallera, cuando oí que se abría la puerta de mi cuarto.

—Aquí está, chicas —oí que decía Tara—. Me ha dicho que os llevara a su habitación.

«¡Oh, no! —pensé—. ¡Por favor, que no sea verdad!»

Si levantaba la mirada, tendría que enfrentarme a la dura realidad: ¡Mona, Ceecee, Rosie y Tara me habían pescado en ropa interior!

Finalmente alcé la vista y… fue peor de lo que imaginaba. Efectivamente, ahí estaban todas, mirándome y riéndose. Por supuesto, la peor era mi hermana con su risa de hiena asquerosa.

Pero si creéis que esto es grave, esperad un poco; aún hay más.

Dos días antes de ese desastre, yo estaba en el gimnasio del colegio después de clase, jugando al baloncesto con Josh, Henry y otros niños, entre ellos Kevin Flowers. Kevin es muy buen jugador, muy alto y fuerte. ¡Mide casi el doble que yo! Le encanta el baloncesto y siempre lleva una gorra de su equipo favorito, los Blue

Devils, de la Universidad de Duke.

Mientras practicábamos tiros libres, vi a Tara merodeando junto a la cancha, cerca de la pared junto a la que habíamos dejado nuestras chaquetas y mochilas. Tuve un mal presentimiento, como siempre que aparece Tara.

«¿Qué hará aquí? —pensé—. Tal vez la han castigado a quedarse después de clase y me está esperando para volver juntos a casa.

»Sólo quiere distraerme, pero no lo conseguirá —me dije—. No pienses en ella, Michael; concéntrate en el juego.»

Todo fue bien; mi equipo ganó y yo encesté varias veces durante el partido. Ganamos porque Kevin Flowers estaba en nuestro equipo, claro.

Cuando nos dirigíamos hacia la pared para recoger nuestras cosas, me di cuenta de que Tara ya no estaba.

«Qué raro —pensé—. Se habrá ido a casa sin mí.»

Me eché la mochila al hombro y dije:

—¡Hasta mañana, tíos!

Pero en ese momento, la voz de Kevin retumbó por todo el gimnasio.

—¡Que nadie se mueva!

Nadie se movió.

—¿Dónde está mi gorra? —gritó—. ¡Mi gorra de los Blue Devils ha desaparecido!

Me encogí de hombros. ¡Yo qué sabía!

—Alguien me ha cogido la gorra —insistió Kevin—. De aquí no sale nadie hasta que aparezca.

Kevin cogió la mochila de Henry y empezó a revolver en su interior. Todo el mundo sabe lo mucho que significa esa gorra para Kevin.

De pronto, Josh me señaló a mí.

—¡Eh! ¿Qué es eso que asoma de la mochila de Webster? —preguntó.

—¿Mi mochila? —exclamé.

Cuando volví la cabeza para mirar, vi una cosa azul asomando de un bolsillo. El corazón me dio un vuelco.

Kevin se acercó a mí a grandes zancadas y me arrancó la gorra.

—No sé cómo ha llegado hasta ahí, Kevin —protesté—. Te juro

que…

Kevin no esperó a oír mis excusas. Lo cierto es que escuchar no es uno de sus fuertes. Bueno, os ahorraré los detalles desagradables. Digamos tan sólo que cuando Kevin acabó conmigo, yo no estaba para charlas. Josh y Henry me ayudaron a llegar a casa. Tenía la cara tan hinchada que casi no me reconoció mi madre.

Mientras me lavaba un poco en el cuarto de baño, vi a Tara reflejada en el espejo. Una sonrisa malévola lo decía todo.

—¡Fuiste tú! —exclamé—. Metiste la gorra de Kevin en mi mochila, ¿no?

Ella se limitó a seguir sonriendo. Sí, no había duda. Había sido ella.

—¿Por qué? —le pregunté desesperado—. ¿Por qué lo hiciste, Tara?

Tara se encogió de hombros, en un intento de parecer inocente.

—¿Era la gorra de Kevin? —dijo—. Pensaba que era tuya.

—¡Qué mentirosa! —comenté—. Nunca he tenido una gorra de Duke y tú lo sabes. ¡Lo hiciste a propósito!

Estaba tan furioso que no podía ni mirarla, así que le cerré la puerta en las narices. Y ¡cómo no!, me las cargué por dar portazos.

Ahora podéis comprender con qué tenía que vivir. Y ahora entenderéis por qué hice lo que hice. Cualquier persona en mi lugar habría hecho lo mismo.

5

Esa noche me quedé en mi habitación, dándole vueltas a un plan para que castigaran a Tara. No, no se me ocurrió nada. Bueno, al menos nada interesante.

Fue la misma Tara la que me dio la idea unos días más tarde, después de que llegara el reloj. Mi hermanita era incapaz de alejarse de él, y una tarde papá la pescó jugando con las agujas. Obviamente no le cayó ninguna bronca (¿a la pequeña Tara?, ¡imposible!), pero papá le dijo:

—Basta ya de jugar con el reloj. Estás avisada.

«¡Por fin! —pensé—, papá se ha dado cuenta de que Tara no es un angelito. Y yo he descubierto una manera de que se las cargue de veras.»

Sabía que si le pasaba algo al reloj le echarían la culpa a Tara, así que yo sólo tenía que provocar un accidente. Después de todos los líos en que me había metido mi hermanita pensé que se lo merecía.

«¿Qué hay de malo en que, para variar, la culpen a ella injustamente?», me pregunté.

Aquella misma noche, cuando todo el mundo estaba ya durmiendo, me deslicé sigilosamente hasta el estudio. Eran casi las doce, así que me acerqué al reloj y esperé un poco.

Faltaba un minuto.

Treinta segundos.

Diez… Seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno…

¡Dong! ¡Cucú!

Cuando apareció el pájaro amarillo lo agarré en plena acción y le retorcí la cabeza. El cuco hizo unos ruiditos sofocados y al final se quedó mirando hacia atrás de una manera muy divertida. Acabó los doce «cucús» con la cabeza al revés, mientras yo me reía para mis adentros. ¡Cuando lo viera papá se pondría como una fiera!

Cuando hubo terminado, el cuco se retiró.

«¡Papá echará chispas! —pensé maliciosamente—. Se enfadará muchísimo con Tara y ella por fin sabrá lo que se siente cuando le echan la culpa a uno por algo que no ha hecho.»

Subí las escaleras de vuelta a mi habitación. No hice ningún ruido y nadie me vio. Esa noche me dormí feliz. No hay nada como la venganza.

Al día siguiente me levanté tarde. Esperaba no haberme perdido el rapapolvo que le iban a dar a Tara. Corrí escaleras abajo en dirección al estudio. La puerta estaba abierta y no había nadie: ni rastro de Tara y de mi padre.

«Bien —pensé—. No me lo he perdido.»

Hambriento, me dirigí a la cocina. Allí, sentados alrededor de una mesa llena de platos sucios estaban mamá, papá y Tara. En cuanto me vieron se les iluminó la cara.

—¡Feliz cumpleaños! —gritaron todos a la vez.

—Muy graciosos —respondí con tono seco. Abrí un armario de la cocina y pregunté—: ¿Quedan cereales?

—¡Cereales! —exclamó mamá—. ¿No quieres algo especial, como tortitas?

Me rasqué la cabeza.

—¿Tortitas? Sí, claro.

Qué raro. Normalmente cuando me levantaba tarde, mamá me decía que me hiciera el desayuno yo mismo. Además, ¿por qué iba a querer algo especial?

Mamá empezó a preparar la masa para las tortitas.

—¡No entres en el garaje, Michael! ¡Sobre todo no entres en el garaje! —dijo, dando unos saltitos de emoción.

Como el día de mi cumpleaños. Qué raro.

—… Hay un montón enorme de basura y… apesta —decía mamá—. Huele tan mal que podrías vomitar.

—Mamá, ¿de qué hablas? —le pregunté—. Ya sabes que no me lo creí la primera vez.

—No entres y ya está —repitió.

¿Por qué me decía todo aquello? ¿Y por qué se comportaba de un modo tan extraño?

Papá se levantó y se despidió diciendo con misterio:

—Tengo que ocuparme de unos cuantos asuntos importantes.

Intenté tomarme el desayuno con calma, pero después de desayunar ocurrió algo aún más extraño. Al pasar por el comedor vi que estaba totalmente decorado con guirnaldas de papel de seda y que alguien había arrancado una.

Era rarísimo.

Papá entró en el comedor con la caja de herramientas en la mano, se agachó para recoger la guirnalda y la volvió a pegar con cinta adhesiva.

—¿Por qué no se aguantará esta guirnalda? —murmuró.

—Papá —le pregunté—. ¿Por qué has adornado el comedor con guirnaldas de papel?

Papá sonrió.

—¿Por qué va a ser? ¡Porque es tu cumpleaños! No se puede celebrar un cumpleaños sin guirnaldas de papel. ¿Qué? ¿A que estás deseando ver tu regalo?

Yo me lo quedé mirando, estupefacto.

«¿Qué demonios está pasando?», me pregunté.

6

Mamá y papá me condujeron al garaje seguidos de Tara. Todos actuaban como si de verdad fueran a darme mi regalo de cumpleaños. Papá abrió la puerta del garaje.

Y allí estaba la bicicleta, en perfecto estado, nueva y brillante, sin arañazos de ningún tipo.

«Ésa debe de ser la sorpresa —pensé—. Han logrado tapar la raya o… ¡quizá me han comprado una nueva!»

—¿Te gusta? —me preguntó mamá.

—¡Me encanta! —exclamé yo.

—Qué bici tan guay, Mike —dijo Tara—. Mamá, yo también quiero una así para mi cumpleaños.

Tara se montó en el sillín y la bicicleta se cayó al suelo. Cuando la levantamos tenía una enorme raya en el manillar.

—¡Tara! —exclamó mamá—. ¿Te has hecho daño?

¡Menuda pesadilla! No daba crédito a mis ojos; todo estaba volviendo a ocurrir del mismo modo que el día de mi cumpleaños. ¿Qué estaba pasando?

—¿Estás bien, Michael? —me preguntó mi padre—. ¿Es que no te gusta la bici?

¿Qué podía decir? Me sentía mareado y confuso.

De pronto caí en la cuenta.

«Es el deseo que pedí —pensé—. El día de mi cumpleaños.»

Después de que Tara me hiciera tropezar y aterrizar en el pastel, había deseado retroceder en el tiempo y que mi cumpleaños volviera a empezar desde el principio. De algún modo, mi deseo se

había hecho realidad.

«¡Vaya! —pensé—. ¡Qué chulo!»

—Vamos dentro —sugirió mamá—. Tus amigos estarán a punto de llegar.

«¿Mis amigos? ¡Oh, no! ¡No me digas que tengo que volver a vivir esa horrible fiesta!»

7

La respuesta era sí; tenía que revivir esa terrible pesadilla.

Mis amigos fueron llegando, exactamente igual que la primera vez, y al cabo de un rato oí a Tara pronunciar las temidas palabras:

—Oye, Mona. ¿Sabes qué? Tú le gustas mucho a mi hermano.

Mona contestó:

—¿Ah, sí?

«Ya lo sabías, Mona —pensé—. Tara te lo dijo hace cuatro días. Estabas en ese mismo sitio y llevabas el mismo peto rosa.»

Mona, Ceecee y Rosie se echaron a reír, pero a mí no me hizo ninguna gracia.

«Esto no puede seguir así», me dije.

En ese momento entró mi madre con una bandeja de refrescos y yo la agarré del brazo.

—Mamá —le supliqué—. Por favor, llévate a Tara. ¡Enciérrala en su cuarto o haz algo!

—¿Por qué, Michael? Tu hermana también tiene derecho a divertirse.

—Mamá, ¡por favor!

—Michael, no seas tonto. Anda, sé bueno con tu hermana y ella no te molestará. Es sólo una niña.

Mamá se marchó y me dejó solo con Tara y mis amigos. Ni ella ni nadie podían salvarme.

Les enseñé la bici a mis amigos y Henry preguntó:

—Eh, ¿qué es este arañazo enorme?

Cuando volvimos al comedor, Tara ya había abierto todos mis

regalos.

—Mira lo que te ha regalado Mona, Michael —gritó Tara.

«Ya lo sé, ya lo sé —pensé—. Un disco compacto con unas canciones de amor preciosas.»

—¡Vaya, vaya! Son unas canciones de amor preciosas —repitió Tara.

Todo el mundo se echó a reír. Todo era igual que antes. No, era peor, porque lo veía venir y no podía hacer nada para impedirlo.

¿O sí podía?

—Michael —me llamó mamá—. Ven a la cocina, por favor. ¡Es la hora del pastel!

«Ésta será la prueba de fuego —pensé, mientras me dirigía a la cocina con lentitud—. Llevaré el pastel, pero esta vez no me caeré. Sé que Tara intentará hacerme tropezar, pero no la dejaré. No tengo por qué volver a hacer el ridículo. No tengo por qué repetirlo todo de la misma manera.»

¿O sí?



Mientras contemplaba el pastel en la cocina, oía a mis amigos que hablaban y se reían en el comedor. Tara también estaba con ellos. Sabía que ella me esperaba detrás de la puerta, lista para alargar el pie y hacerme caer de bruces. Para volver a dejarme en ridículo. Pero esta vez no iba a ocurrir.

Cogí el pastel con las dos manos y me dirigí hacia el comedor con mucho cuidado. Mi madre me seguía, como la última vez. Cuando llegué a la entrada, me detuve para mirar al suelo. Ni rastro del pie de Tara. Con gran cautela, entré en la estancia.

Un paso. De momento, bien.

Otro paso. Ya estaba dentro del comedor.

¡Lo había conseguido! Sólo tenía que dar cinco pasos más hasta la mesa y me habría salvado.

Di otro paso al frente y luego otro, pero de repente noté un tirón en el pie. Tara me había agarrado por debajo de la mesa. ¡Así que ahí era donde se había escondido! Lo sabía. Pero ya era demasiado tarde.

Todo ocurrió como en cámara lenta, como si fuera un sueño. Después de que me tirara del pie, oí una risita traviesa.

«Oh, no —pensé—. Ha ocurrido. He perdido el equilibrio.»

Mientras caía, volví la cabeza y vi a Tara que me miraba con una sonrisa maléfica. Quería matarla. Pero antes tenía que aterrizar con la cara en el pastel.

En efecto, cuando me volví, ¡zas!

Todos se partieron de risa al verme con la cara cubierta de

chocolate. Para colmo, la que más se reía era Mona. La segunda vez incluso había sido más ridícula que la primera.

Me quedé sentado en el suelo, cubierto de pastel, preguntándome cómo había podido ser tan estúpido. ¿Por qué había pedido ese deseo? Nunca más volvería a desear nada.

Después de lavarme un poco conseguí sobrevivir el resto de la fiesta. Cuando me acosté esa noche pensé: «Al menos ya ha pasado todo».

Apagué la luz y me tapé con las mantas hasta arriba.

«Ya ha pasado —me repetí—. Ahora me dormiré y cuando me despierte mañana todo volverá a ser normal.»

Cerré los ojos y me quedé dormido, pero en sueños volví a revivir escenas de aquella horrible fiesta de cumpleaños. La pesadilla de mi fiesta se convirtió en una pesadilla de verdad. En el sueño estaba Tara, diciéndole a Mona que me gustaba. La cara de Mona se tornaba gigantesca y no cesaba de reír. Ceecee, Rosie y los chicos también se reían de mí. Yo tropezaba y me caía en el pastel una y otra vez.

Mientras daba vueltas en la cama, los sueños se volvieron más siniestros. Mis amigos se convirtieron en monstruos horribles, pero la criatura más terrorífica era Tara. Su imagen se disolvía mientras se burlaba de mí con unas carcajadas estremecedoras.

«Despierta—me dije—. ¡Despiértate!»

Poco a poco conseguí liberarme de ese mundo de pesadillas. Me incorporé en la cama y me di cuenta que estaba bañado en un sudor frío.

En mi habitación todavía reinaba la oscuridad. Eché un vistazo al reloj: las tres de la mañana.

«No puedo dormir —pensé nervioso—. No consigo calmarme. Tengo que contarles a papá y mamá lo que ha ocurrido. Tal vez ellos puedan ayudarme y me hagan sentir mejor.»

Salté de la cama y corrí por el oscuro pasillo hasta su cuarto. La puerta estaba entreabierta.

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Estáis despiertos? —susurré, abriendo la puerta.

Papá se revolvió un poco y gruñó:

—¿Mmmm?

Me acerqué a mamá y la sacudí por el hombro.

—¿Mamá?

Mamá se despertó.

—¿Qué pasa, Michael? —preguntó en un susurro. Se incorporó y agarró el despertador. A la tenue luz azul de los números, vi que entrecerraba los ojos para intentar leer la hora.

—¡Pero si son las tres! —exclamó.

De pronto papá lanzó un ronquido y se incorporó.

—¿Eh? ¿Qué?

—¡Mamá, escúchame! —le susurré—. Hoy ha pasado algo rarísimo. ¿No lo habéis notado?

—Michael, ¿qué…?

—Mi cumpleaños —expliqué—. Tara estropeó mi cumpleaños y yo deseé que pudiera volver a empezar para poder arreglarlo. ¡Pero no creí que fuera a hacerse realidad! ¡Y resulta que hoy ha vuelto a ser mi cumpleaños y todo ha ocurrido exactamente igual! ¡Ha sido horrible!

Papá se frotó los ojos.

—¿Eres tú, Michael?

Mamá le dio unos golpecitos en la espalda.

—Duérmete, cariño. Michael ha tenido una pesadilla.

—No, mamá. No era una pesadilla —exclamé—. ¡Era real! Mi cumpleaños ha sucedido dos veces y vosotros estabais presentes en las dos. ¿No lo ves?

—Mira, Michael —empezó a decir mamá. En su voz noté un tono de impaciencia—. Ya sé que estás ilusionado con tu cumpleaños, pero aún faltan dos días. Sólo tienes que esperar un poco más, ¿vale? Ahora vete a la cama y descansa.

Me dio un beso de buenas noches.

—Dos días más y será tu cumpleaños. Hasta mañana.



Volví a la cama, totalmente confuso.

¿Quedaban dos días para mi cumpleaños? ¿Acaso no lo había celebrado ya… dos veces?

Encendí la lámpara de mi mesilla de noche y me quedé contemplando la fecha de mi reloj: 3 de febrero, decía. Mi cumpleaños es el 5 de febrero, así que aún faltaban dos días. ¿Cómo podía ser? ¿Estaba retrocediendo en el tiempo?

«No —pensé—. Alucino.»

Agité la cabeza con fuerza y me di un par de bofetadas. Retroceder en el tiempo. ¡Menuda idea de bombero!

«Es imposible —me dije—. Cálmate.»

Solamente había deseado volver a celebrar mi cumpleaños… una vez. ¡No quería cumplir doce años una y otra vez durante el resto de mi vida!

«Pero si ocurre eso —pensé—, ¿por qué ahora faltan todavía dos días para mi cumpleaños? ¿Por qué no es simplemente la víspera?

»Tal vez sí esté retrocediendo en el tiempo —se me ocurrió— y esto no tenga nada que ver con mi deseo… Entonces, ¿qué me está pasando?»

Me estrujé los sesos.

¡El reloj de cuco de papá! Le había retorcido la cabeza hacia atrás…, me había ido a dormir… y cuando me levanté, el tiempo también había ido hacia atrás. ¿Sería eso? ¿Sería todo culpa mía? ¿Era verdad que el reloj estaba hechizado?

«No debería haberle retorcido el cuello a ese pajarraco —decidí

—. No falla. Una vez que intento meter a Tara en un lío, acabo metido en un cacao mucho peor.»

Bueno, si eso era lo que había ocurrido, era fácil arreglarlo. Tan sólo tenía que bajar al estudio y darle la vuelta a la cabeza del cuco.

Salí de mi habitación y bajé las escaleras de puntillas. Seguramente mis padres ya se habían dormido de nuevo, pero no quería arriesgarme. No tenía ningunas ganas de que papá me pescara jugando con su querido reloj.

Por fin noté que mis pies pisaban el suelo desnudo del recibidor. Entré en el estudio con sigilo y encendí una lámpara. Miré a mi alrededor, pero… ¡el reloj de cuco había desaparecido!

10

—¡Oh, no! —exclamé.

¿Habrían robado el reloj? Sin él, ¿cómo iba a arreglar las cosas? ¡Ya no podría darle la vuelta a la cabeza del pájaro y hacer que mi vida marchase hacia delante!

Corrí escaleras arriba haciendo mucho ruido.

—¡Mamá! ¡Papá! —grité. Entré precipitadamente en su habitación y volví a sacudir a mamá para que se despertara.

—Michael, ¿qué pasa? —Parecía estar furiosa—. ¡Son más de las tres de la madrugada!

«Que se enfaden —pensé—. Esto es mucho más importante.»

—¡El reloj de cuco! ¡No está!

—¿Eh? ¿Qué? —volvió a farfullar papá.

—Michael, has tenido otra pesadilla —me aseguró mamá.

—No es una pesadilla, mamá. Es verdad. Baja y compruébalo tú misma. ¡El reloj de cuco ha desaparecido!

—Michael, escúchame bien. Ha sido una pesadilla —dijo mamá con firmeza—. No tenemos ningún reloj de cuco y nunca lo hemos tenido.

Yo retrocedí, confundido.

—Ha sido un sueño. Un mal sueño —repitió.

—Pero papá lo compró…

Me callé.

Ahora lo comprendía todo. Era el 3 de febrero, dos días antes de mi cumpleaños y cinco días antes de que papá comprara el reloj de cuco. Como habíamos retrocedido en el tiempo, papá todavía no

había comprado el reloj.

De pronto me mareé.

—Michael, ¿te encuentras bien? —me preguntó mamá. A continuación se levantó y me puso la mano en la frente.

—Estás un poco caliente —observó mamá. Ahora que creía que estaba enfermo, su tono era más suave—. Vamos, te acompaño a la habitación. Debes de tener fiebre y por eso padeces tantas pesadillas.

Papá volvió a gruñir.

—¿Qué? ¿Fiebre?

—Ya voy yo, Herman —susurró mamá—. Tú duérmete.

Mamá me metió en la cama. Ella creía que estaba enfermo, pero el problema no era ése. El problema era que había cambiado el curso del tiempo. Ahora que el reloj había desaparecido, no sabía qué hacer.

Cuando entré en la cocina al día siguiente, mamá, papá y Tara ya habían desayunado.

—Date prisa, Michael —me dijo papá—. Vas a llegar tarde.

En ese momento, llegar tarde al colegio no me parecía demasiado grave.

—Papá, por favor, siéntate un segundo —le supliqué—. Sólo un minuto. Es muy importante.

Papá se sentó con impaciencia en una de las sillas.

—¿Qué pasa, Michael?

—Mamá, ¿me escuchas? —pregunté.

—Pues claro —contestó mamá, mientras guardaba la leche en la nevera y limpiaba con un trapo los quemadores de la encimera.

—Esto os va a sonar muy raro —comencé—. Pero no es broma.

Hice una pausa. Papá me escuchaba, pero yo noté por su cara que se estaba temiendo una buena. No le decepcioné.

—Papá, estamos viajando en el tiempo. Cada día me levanto y ¡he retrocedido un día entero!

La cara de mi padre fue todo un poema.

—Michael, ya veo que tienes mucha fantasía, pero llego tarde. ¿Por qué no me lo cuentas esta noche cuando vuelva? ¿O por qué no lo escribes? Ya sabes que me encantan las historias de ciencia

ficción.

—Pero papá…

—¿Alguien se ha acordado de dar de comer al gato? —interrumpió mamá.

—Lo he hecho yo —respondió Tara—. Le tocaba a Michael, pero como él no lo hacía…

—Gracias, Tara —dijo mamá—. Venga, vámonos.

Agarré una magdalena al vuelo, mientras mamá nos empujaba para que saliéramos.

«Ahora están demasiado ocupados para entenderlo —razoné, de camino al colegio—. Esta noche, a la hora de cenar, tendré más tiempo para explicárselo.»

En el colegio tuve muchísimo tiempo para pensar en mi problema. Ya había vivido ese día; había hecho el trabajo, me sabía todas las clases e incluso la porquería que me iban a dar para almorzar.

Cuando el profesor de mates, el señor Parker, se dio la vuelta para escribir en la pizarra, yo ya sabía lo que iba a ocurrir. Lo predije hasta el último detalle. Kevin Flowers le arrojó una goma que le dio justo en el fondillo de sus pantalones negros.

«Ahora el señor Parker se volverá…», pensé, mientras lo contemplaba fijamente.

El señor Parker se volvió.

«… Ahora le pegará un grito a Kevin…»

El señor Parker gritó:

—¡Kevin Flowers! ¡Al despacho del director ahora mismo!

«… Ahora Kevin empezará a chillar como un energúmeno.»

—¿Cómo sabe que he sido yo? —gritó Kevin—. ¡No me ha visto!

El resto de la escena transcurrió tal como lo recordaba. El señor Parker se encogió un poco (Kevin da bastante miedo), pero le repitió que fuera a ver al director. Kevin le pegó una patada a una silla vacía y arrojó sus libros al suelo.

Menudo aburrimiento.

Al volver del colegio, me encontré a Tara en el estudio, molestando a Bubba. Tara le levantó las patas traseras y le hizo caminar con las de delante.

—¡Tara, basta ya! —exclamé. Cuando intenté quitarle a Bubba,

Tara lo soltó. El gato maulló y me arañó en el brazo.

—¡Ay! —Bubba se me cayó al suelo y salió corriendo.

Todo me resultaba muy familiar. Y doloroso.

—Michael, ¿qué le hacías al gato? —preguntó mamá.

—¡Nada! ¡Me ha arañado!

—Si dejaras de molestarlo no te arañaría —me regañó.

Entonces sonó el timbre.

Oh, no. Mona, Ceecee y Rosie. *El príncipe y la rana*, y el incidente de la ropa interior. No podía dejar que ocurriera. Sin embargo, las piernas empezaron a llevarme al piso de arriba. Caminaba como un robot en dirección a mi cuarto.

«¿Por qué estoy haciendo esto? —me pregunté—. Sacaré el traje de rana del armario, la cremallera se encallará, Tara abrirá la puerta y me encontrarán en ropa interior. Mona se partirá de risa y yo desearé que me trague la tierra.

»Ya sé qué va a ocurrir. Entonces, ¿por qué lo hago? ¿O es que no puedo parar?»



«No subas a tu cuarto —me dije—. No tienes por qué hacer todo esto. Tiene que haber un modo de parar, de controlarlo.»

Con gran esfuerzo, di media vuelta, bajé las escaleras y me senté en el tercer escalón. Tara abrió la puerta y las chicas me encontraron allí sentado.

«Muy bien —pensé—. Controlo. Ya he conseguido cambiar lo que iba a pasar.»

—Michael, ¿dónde está tu disfraz? —preguntó Mona—. Quiero ver cómo te queda.

—Mejor que no —dije, encogiéndome un poco—. Es muy feo y no quiero asustaros.

—¡Qué tontería! —exclamó Ceecee—. ¿Por qué nos íbamos a asustar de un traje de rana?

—Además, yo quiero ensayar con el traje —añadió Mona—. No quiero verlo por primera vez en el escenario. Necesito estar acostumbrada.

—Venga, Michael —insistió Tara—. Enséñaselo. Yo también lo quiero ver.

Le lancé una mirada asesina. Sabía perfectamente lo que estaba planeando.

—No —repetí—. No puedo.

—¿Por qué no? —preguntó Mona.

—Porque no puedo.

—¡Es tímido! —exclamó Rosie.

—Le da vergüenza —dijo Tara.

—No, no es eso —respondí—. Es que… el traje da mucho calor y…

De pronto Mona se acercó a mí, y yo noté que olía muy bien, a fresa. Seguramente debía de ser el champú que utilizaba.

—Venga, Michael —me animó—. Hazlo por mí.

—No.

Mona se enfadó.

—Pues si tú no te lo pones, yo no ensayo.

Suspiré. No tenía escapatoria. Mona no me iba a dejar en paz hasta que me pusiera el traje de rana. Al final cedí.

—Bueno, vale.

—¡Viva! —exclamó Tara.

Yo le lancé otra mirada asesina.

«Bueno —pensé—. Aunque me ponga el traje, no tienen por qué pescarme en ropa interior. Eso lo puedo evitar.»

Subí a mi habitación sin muchas ganas, pero esa vez cerré bien la puerta.

«Y ahora intenta dejarme en ridículo, Tara. Ya verás. No se puede engañar a Michael Webster», pensé.

La puerta estaba cerrada y yo me sentía seguro, así que me quité los téjanos y la camisa. Cuando saqué el traje de rana del armario, tiré de la cremallera. Se había encallado, como la otra vez.

«Pero esta vez no pasará nada —me dije—. La puerta está cerrada y estoy solo.»

De repente se abrió la puerta.

Fui incapaz de reaccionar. Cuando Mona, Rosie y Ceecee me vieron en ropa interior, se echaron a reír.

—¡Tara! —grité—. ¡La puerta estaba cerrada!

—No —replicó Tara—. ¿No te acuerdas de que el pestillo está roto?

—¡No puede ser! —exclamé—. Papá lo arregló… Seguro…

Intenté recordar cuándo papá había arreglado el pestillo de mi cuarto y me di cuenta de que fue justo después del desastre de la ropa interior, el día de mi cumpleaños. ¡Qué lío!

«Oh, no —pensé—. Estoy perdido. El tiempo se vuelve contra mí y no hay manera de detenerlo.»

Empecé a temblar de miedo. ¿Cómo acabaría todo esto? No

tenía ni idea y cada vez estaba más horrorizado.

Esa noche casi no pude probar bocado. Era una cena que ya había comido, claro, y que ya no me gustó la primera vez: guisantes, zanahorias y champiñones con arroz integral. Fui comiéndome el arroz y las zanahorias. Los guisantes no me gustan, así que los escondí en la servilleta cuando los demás no miraban.

Papá, mamá y Tara cenaban como si nada. Hablaban tranquilamente, diciendo las mismas cosas que habían dicho la otra vez.

«Estoy seguro de que papá y mamá deben de notar algo raro —pensé—. ¿Pero por qué no dicen nada?»

Esperé a que papá acabara de contar cómo le había ido el trabajo antes de volver a sacar el tema. Decidí hacerlo con tacto.

—Papá, mamá, esta cena, ¿no os recuerda nada?

—Pues sí —respondió mi padre—. Me recuerda la comida de ese restaurante vegetariano del otro día. Puaj.

Mamá le miró con un gesto indignado y luego se volvió hacia mí.

—¿Qué estás intentando decirnos, Michael? —preguntó, molesta—. ¿Que estás harto de comida sana?

—Yo sí —dijo papá.

—Yo también —se apuntó Tara.

—No, no es eso —insistí yo—. No lo entendéis. No me refería a que ya hemos probado este tipo de comida, sino a que ya hemos tomado esta misma cena antes. Es la segunda vez que vivimos este momento.

Papá frunció el ceño.

—A la hora de cenar no quiero teorías raras.

Como no lo comprendían tuve que lanzarme al ataque.

—No es sólo esta cena, sino todo el día. ¿No os habéis dado cuenta? ¡Estamos haciéndolo todo otra vez! ¡Hemos retrocedido en el tiempo!

—Corta el rollo, Michael —dijo Tara—. Pareces un disco rayado.

—Tara, no seas maleducada —le riñó mi madre. Luego se volvió hacia mí—. ¿Has estado leyendo cómics otra vez?

Era frustrante.

—¡No me escucháis! —me lamenté—. Mañana será ayer y el día siguiente será anteayer. ¡Vamos hacia atrás!

Mamá y papá se miraron con un aire de complicidad.

«Saben algo —pensé, emocionado—. Lo saben, pero no se atreven a decírmelo.»

Mamá me miró muy seria.

—Bueno, Michael. Más vale que te digamos la verdad —dijo—. Estamos suspendidos en el tiempo y no hay nada que hacer.

12

Mamá se levantó de su silla y caminó hacia atrás en dirección a la encimera. A continuación comenzó a meter el arroz de su plato en el cazo donde lo había cocinado.

—*Oñirac, ¿sam zorra?* —le preguntó a papá.

¿Qué?

—*Is, rop rovaf* —respondió papá.

—*Oy néibmat oreiuq* —añadió Tara y escupió un poco de arroz en el tenedor, que depositó en el plato. ¡Estaba comiendo al revés!

Papá se levantó y caminó de espaldas hasta mamá. Tara también se levantó de la mesa y empezó a dar saltitos hacia atrás. Todos hablaban y se movían al revés. Era cierto: ¡estábamos atrapados en el tiempo!

—¡Vaya! —exclamé—. ¡Es verdad!

—*Licébmi* —dijo Tara.

Fue ella la que se echó a reír primero. Papá la siguió y luego mamá. Finalmente caí; me estaban tomado el pelo.

—¡Sois… sois unos cerdos! —exclamé.

Aquello les hizo reír todavía más.

—Te lo crees todo —se burló Tara.

Se volvieron a sentar a la mesa. Mamá no podía evitar sonreír.

—Perdónanos, Michael. No queríamos burlarnos de ti.

—¡Sí queríamos! —exclamó Tara.

Yo les miré horrorizado. Aquello era lo más terrible que me había ocurrido en mi vida y, para colmo, mis padres se lo tomaban a pitorreo.

Papá me preguntó:

—Michael, ¿has oído hablar del *dejà vu*?

Yo negué con la cabeza.

—Es cuando pasa algo y tienes la sensación de que ya ha ocurrido —me explicó—. A todos nos sucede de vez en cuando. No hay por qué asustarse.

—Tal vez estás nervioso por algo —añadió mamá—. Quizá por tu cumpleaños. ¿A que estás un poco nervioso por cumplir doce años? ¿Por la fiesta y todo eso?

—No —protesté—. Esa sensación ya la conozco, pero esto no es lo mismo. Esto es…

—Mike —me interrumpió papá—Ya verás lo que te hemos comprado por tu cumpleaños. ¡Vas a alucinar! Es una supersorpresa.

«No, no lo es —pensé, triste—. No es ninguna sorpresa porque ya es la tercera vez que me hacéis este regalo. ¿Cuántas veces me vais a regalar esa maldita bici?»

—Mamá, Michael ha vuelto a esconder los guisantes debajo de la servilleta —me acusó Tara.

Estrujé la servilleta con los guisantes y se la arrojé a la cara.

Cuando fui al colegio al día siguiente, no estaba muy seguro de qué día era. Cada vez me resultaba más difícil recordarlo. Las clases, la comida y las cosas que decían mis amigos me sonaban mucho, pero, como no ocurrió nada especial, me pareció un día normal de colegio.

Después de clase, como siempre, jugué al baloncesto. Sin embargo, mientras jugaba tuve una sensación extraña. Un presentimiento desagradable.

«Ya he jugado este partido —me dije—. Y no acabó bien.»

Pero seguí jugando, esperando lo que tenía que pasar. Finalmente mi equipó ganó y todos fuimos a recoger nuestras bolsas antes de marcharnos a casa. En ese momento Kevin Flowers gritó:

—¿Dónde está mi gorra?

«Ah, vale —recordé—. Ya sé qué partido de baloncesto es éste.» ¿Cómo podía haberme olvidado? ¡La terrible Tara atacaba de nuevo!

—De aquí no sale nadie hasta que aparezca.

Cerré los ojos y le pasé mi mochila. Total, ya sabía lo que iba ocurrir así que cuanto antes sucediera, mejor.

La paliza de Kevin Flowers me dolió mucho, pero al menos las consecuencias no duraron demasiado. Cuando me levanté al día siguiente, todo había desaparecido: el dolor, los arañazos, los morados, todo.

«¿Qué día es? —me pregunté—. Debe de ser unos días antes de que Kevin me pegara. Espero no tener que vivir esa paliza por tercera vez. ¿Qué me pasará hoy?»

De camino al colegio busqué pistas que me recordaran lo que había ocurrido unos días antes de que Kevin me zurrara. ¿Control de mates? Esperaba que no, aunque al menos esta vez sería más fácil que la primera. ¡Incluso podría tratar de recordar las preguntas y consultar las respuestas antes del control!

Llegaba un poco tarde y me pregunté si eso querría decir algo. ¿Me castigarían?

Mi tutora, la señorita Jacobson, había cerrado la puerta del aula. Cuando la abrí vi que todo el mundo ya había llegado, pero la señorita Jacobson no me prestó atención y siguió escribiendo en la pizarra.

«No debe de ser tan tarde —pensé—. No creo que me castiguen.»

Me dirigí a mi sitio, al fondo del aula, y mientras pasaba por delante de los pupitres, me fijé en mis compañeros.

«¿Quién es ése?», pensé, al ver un rubiales gordito que no conocía. A continuación vi una niña muy mona con tres pendientes en una oreja. Tampoco la había visto nunca.

En ese momento me fijé en las otras caras de la clase. No me sonaba ninguna.

«¿Qué pasa? —me pregunté, horrorizado—. ¡No conozco a ninguno de estos niños! ¿Dónde está mi clase?»

13

Finalmente la señorita Jacobson se dio la vuelta y me miró.

—¡Eh! —gritó el niño rubio—. ¿Qué hace aquí uno de tercero?

Todo el mundo se echó a reír, pero yo no entendí por qué. ¿Uno de tercero? ¿Por qué lo decía? Yo no veía a nadie de tercero.

—Te has equivocado de aula, jovencito —me dijo la señorita Jacobson, y me abrió la puerta para que saliera—. Tienes que ir abajo, al segundo piso.

—Gracias —le dije. No sabía de qué me hablaba, pero decidí seguirle la corriente.

Cuando la señorita Jacobson cerró la puerta del aula, los niños se rieron. Yo me dirigí al baño rápidamente. Pensé que si me mojaba la cara con agua fría quizá se me aclararían las ideas.

Abrí el grifo del agua fría y eché un vistazo rápido al espejo. «El espejo parece un poco más alto de lo habitual», pensé.

Me mojé las manos con agua fría y me lavé la cara.

«El lavabo también parece más alto —me dije—. Qué raro. ¿Me habré equivocado de escuela?»

Entonces volví a mirarme al espejo y… ¡me quedé de piedra!

¿Yo era ése? Parecía jovencísimo. Me pasé la mano por el pelo castaño, cortado al cepillo. Era el corte horrible que llevé durante todo el tercer curso.

«¡No me lo puedo creer! —pensé, negando con la cabeza—. ¡Vuelvo a ser un niño de ocho años! Llevo el mismo peinado, la misma ropa y tengo el mismo cuerpo que cuando iba a tercero. Aunque todavía tengo el cerebro de un niño de séptimo.

»Tercero. Eso significa que he retrocedido cuatro años en una noche.»

De repente empecé a temblar y tuve que agarrarme al lavabo para no caerme. Me sentía totalmente paralizado de miedo.

«La cosa se está acelerando. ¡Acabo de perder varios años en una sola noche! ¿Cuántos años tendré cuando me despierte mañana?», me pregunté.

El tiempo iba hacia atrás a toda velocidad y yo no tenía medio de pararlo.

Cerré el grifo y me sequé la cara con una toalla de papel. No sabía qué hacer. Tenía tanto miedo que no podía pensar.

Me dirigí hacia el aula de tercero, pero antes de entrar, eché una ojeada por la ventanita de la puerta. Allí estaba la señorita Harris, mi profesora de tercero.

«Reconocería esos cabellos plateados en cualquier parte», pensé.

En cuanto la vi supe que había retrocedido cuatro años, ya que la señorita Harris se jubiló hace dos, cuando yo iba a quinto.

Cuando abrí la puerta y entré en el aula, ella ni se inmutó.

—Siéntate, Michael —me ordenó.

La señorita Harris nunca mencionaba el hecho de que llegara tarde porque yo le caía bien.

Me fijé en los otros niños de la clase y vi a Henry, Josh, Ceecee y Mona, que ahora tenían unos ocho años. Mona llevaba su brillante pelo castaño recogido en dos trenzas, mientras que Ceecee llevaba una cola de caballo ridícula.

Josh no tenía granos en la frente y Henry lucía una calcomanía de Donatello, la tortuga ninja.

No cabía duda: era mi clase.

Me senté ante un pupitre vacío en el fondo del aula. Era mi antiguo sitio, al lado de Henry. Cuando le miré, vi que estaba hurgándose la nariz. Qué asco. Ya no me acordaba de esa parte de ser pequeño.

—Michael, estamos en la página 33 del libro de ortografía —me informó la señorita Harris.

Metí la mano en el cajón del pupitre y allí estaba mi libro de ortografía. Lo abrí por la página 33.

—Estas son las palabras que tenéis que saber para el control de

mañana —anunció la señorita Harris. A continuación escribió las palabras en la pizarra, a pesar de que estaban escritas en el libro: abeja, oveja, belleza, vela…

—¡Tío! —me susurró Henry—. ¡Qué difíciles son estas palabras! Nunca sé si van con «b» o con «v».

No supe qué decirle. En mi último control de ortografía (cuando aún iba a séptimo) nos pusieron un dictado entero de acentos. Para mí, escribir «abeja» ya no era un gran reto.

El resto del día me aburrí como una ostra.

Siempre había deseado que el colegio fuera más fácil, pero no tanto. Esto era para bebés. La comida y los recreos fueron todavía más deprimentes. Josh se metió todo un plátano en la boca y luego me sacó la lengua para enseñármelo, mientras que Henry se dedicó a embadurnarse la cara con flan de chocolate.

Finalmente se acabaron las clases y yo me arrastré hasta casa, atrapado en mi cuerpo de ocho años. Cuando abrí la puerta, Bubba (ahora un gatito) salió corriendo, seguido de Tara.

—Deja al gato —la regañé.

—¡Tonto! —me contestó.

Me quedé mirando a Tara, que tenía tres años. Intenté recordar si me caía mejor cuando era pequeña.

—¡Llévame a caballito! —exclamó, mientras me tiraba de la mochila.

—Déjame —le contesté.

La mochila se me cayó al suelo. Cuando me agaché para recogerla, Tara me agarró del pelo y me dio un tirón.

—¡Ay! —grité.

Ella no paraba de reír.

—¡Me has hecho daño! —grité, y le di un empujón justo cuando mamá entraba en el recibidor.

Mamá corrió hacia Tara.

—Michael, no empujes a tu hermana. ¡Ya sabes que es pequeña!

Me fui a mi habitación, conteniendo la rabia.

No, Tara no me caía mejor cuando tenía tres años. Seguía siendo la niña mimada de siempre. Nació así y nunca cambiaría, estaba seguro. Sería una niña mimada toda la vida y me volvería loco incluso cuando fuéramos mayores.

«Si es que nos hacemos mayores —pensé—. A este paso, no llegaremos a serlo.

»¿Qué puedo hacer? —me pregunté, angustiado—. ¡He retrocedido cuatro años de golpe! Si no hago algo rápido, pronto volveré a ser un bebé. Y luego, ¿qué?»

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

«¿Luego, qué? —me quedé pensando—. ¿Desapareceré por completo?»

14

Cada mañana me despertaba muerto de miedo. ¿Qué día era? O mejor dicho, ¿qué año? No tenía ni la más remota idea.

Cuando me levanté de la cama, tuve la impresión de que el suelo se hallaba más lejos de lo normal. Atravesé el pasillo, entré en el baño y me miré en el espejo. ¿Cuántos años tenía? Era más joven que el día anterior, eso sin duda.

Volví a mi cuarto y empecé a vestirme con la ropa que mamá me había dejado preparada. Miré los téjanos doblados sobre la silla; tenían un dibujo de un vaquero en el bolsillo de atrás.

«Ah, ya me acuerdo de estos téjanos —pensé—. Son los que llevaba en segundo. Eso quiere decir que tengo siete años.»

Me puse los pantalones y me dije:

«¡Mira que tener que volver a llevar esta ridiculez de téjanos!»

Luego desdoblé la camisa que mamá había escogido. Cuando la vi, el alma se me cayó a los pies: era una camisa de vaquero, con flecos y todo.

«Qué vergüenza —pensé—. ¿Cómo pudo hacerme esto mi propia madre?»

En el fondo, sabía que antes me encantaba esa ropa (seguramente la había escogido yo mismo), pero era incapaz de aceptar que había sido tan cursi.

Cuando bajé al comedor, me encontré a Tara en pijama viendo dibujos animados. Ahora tenía dos años. Al verme pasar extendió los brazos y me gritó:

—¡Beso, beso!

¿Quería que le diera un beso? Me extrañó, pero quizá la Tara de dos años fuera todavía dulce e inocente. Tal vez fuera una niña agradable.

—¡Beso, beso! —insistió.

—Dale un besito a tu pobre hermana —dijo mamá desde la cocina—. Eres su hermano mayor, Michael, y quiere que le hagas caso.

Solté un suspiro.

—De acuerdo.

Me agaché para darle a Tara un beso en la mejilla, pero ella alargó uno de sus dedos gordezuelos y me lo metió en el ojo.

—¡Au! —chillé.

Tara se rió.

«Es la misma Tara de siempre —pensé, mientras me encaminaba hacia la cocina con una mano en el ojo dolorido—. ¡Más mala que la tiña!»

Ese día, en el colegio, supe perfectamente a qué aula ir. Allí estaban todos mis amigos, Mona y los demás, bastante más pequeños que el día anterior. Había olvidado lo torpes que parecían los niños a esa edad.

Pasé otro día aprendiendo cosas que ya sabía: restar, leer libros con la letra muy grande, caligrafía… Al menos tuve mucho tiempo para pensar. Cada día intentaba buscar una solución, pero no se me ocurría nada.

Entonces recordé que papá había mencionado que llevaba quince años deseando comprar el reloj de cuco. ¡Quince años! ¡Eso quería decir que el reloj aún estaría en la tienda de antigüedades!

«Iré a buscar el reloj —decidí—. En cuanto acabe el colegio.»

Supuse que si conseguía darle la vuelta a la cabeza del cuco, el tiempo volvería a ir hacia delante. Sabía que el año que aparecía en la esfera también debía de haber retrocedido. Lo único que tenía que hacer era poner la aguja en el año correcto y volvería a tener doce años.

«Añoro tener doce años —pensé—. Los niños de siete no pueden hacer tantas cosas, porque siempre hay alguien vigilándolos.»

Cuando acabaron las clases, empecé a caminar por la calle que lleva a mi casa. Sabía que el guarda del colegio quizá me estaría

observando para que no me pasara nada, pero cuando llegué a la segunda manzana, di la vuelta a la esquina y corrí hacia la parada del autobús. Ojalá no se hubiera dado cuenta.

Me escondí detrás de un árbol para que nadie me viera y, al cabo de unos minutos, llegó el autobús. Las puertas se abrieron con silbido y yo subí. El conductor me miró extrañado.

—¿No eres un poco pequeño para ir solo en autobús? —me preguntó.

—Y a usted qué le importa —respondí.

Como me di cuenta de que me había pasado, añadí:

—Voy a buscar a mi papá a la oficina. Mi mamá me ha dado permiso.

El conductor hizo un gesto de aprobación y cerró las puertas. Yo iba a meter tres monedas en la ranura, pero él me interrumpió.

—¡Eh, niño! —dijo, devolviéndome la tercera moneda—. La tarifa son sólo cincuenta centavos. Guárdate ésta para llamar por teléfono.

—Ah, sí. —Me había olvidado de que habían subido el autobús a 75 centavos cuando tenía once años. Ahora sólo tenía siete, así que me metí la moneda sobrante en el bolsillo.

El autobús arrancó y se dirigió hacia el centro. Por el camino, recordé que papá había dicho que la tienda de antigüedades estaba delante de su oficina, así que me bajé en la misma parada en la que solía bajarse él. Esperaba que no me viera, porque si me veía me iba a caer una buena. A mis siete años, tenía prohibidísimo ir solo en el autobús.

Pasé por delante del edificio de papá y crucé la calle. En la esquina había un solar lleno de ladrillos y escombros. Un poco más abajo vi un rótulo negro con las letras ANTIGÜEDADES ANTHONY pintadas en color dorado. El corazón me empezó a latir con fuerza.

«Ya casi estoy —pensé—. Pronto se arreglará todo. Entraré en la tienda y, cuando no mire nadie, le daré la vuelta a la cabeza del cuco y cambiaré el año.

»No tendré que preocuparme pensando que mañana por la mañana tal vez me despierte siendo un niño de tres años o algo peor. Todo volverá a la normalidad. ¡La vida será tan fácil, incluso con Tara!»

Miré a través del cristal de la tienda y allí, en el escaparate, descubrí el reloj de cuco. Las palmas de las manos me empezaron a sudar.

Corrí hacia la entrada de la tienda y giré el pomo para abrir la puerta, pero ésta no se movió. Aunque volví a intentarlo con más fuerza, la puerta no cedió; estaba cerrada con llave. En ese momento me fijé en un cartel que decía: CERRADO POR VACACIONES.

15

Solté un gemido de desesperación.

—¡NOOO! —exclamé, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No es justo!

Me golpeé la cabeza contra la puerta. No podía soportarlo. «Cerrado por vacaciones.» ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

«¿Cuánto tiempo van a estar de vacaciones? —me pregunté—. ¿Cuánto tiempo permanecerá cerrada la tienda? ¡Cuando la abran otra vez puede que yo ya sea un bebé!»

Apreté los dientes y pensé que no iba a dejar que eso ocurriera.

«¡Ni hablar! —me dije—. Tengo que hacer algo. Lo que sea.»

Apoyé la nariz contra el escaparate y vi el reloj de cuco delante de mí, a menos de dos palmos. Era frustrante no poder alcanzarlo. Lo único que se interponía entre ambos era el vidrio.

El vidrio… Normalmente nunca se me hubiera ocurrido lo que decidí hacer en ese momento, pero ¡estaba desesperado! Tenía que llegar hasta ese reloj. ¡Era cuestión de vida o muerte!

Caminé tranquilamente hasta llegar al solar en construcción, intentando aparentar normalidad. No quería parecer un niño que planeaba romper el escaparate de una tienda, así que me metí las manos en los bolsillos de los téjanos y me puse a silbar. En cierto modo, me alegré de llevar ese conjunto tan infantil, porque me daba un aire inocente. ¿Quién habría sospechado que un niño de siete años disfrazado de vaquero fuera a robar en una tienda de antigüedades

En el solar, me puse a deambular y a dar patadas a unas cuantas

piedras. No había nadie trabajando, así que disimuladamente me acerqué a una pila de ladrillos. Eché un vistazo a mi alrededor para ver si alguien me miraba. No había moros en la costa.

Cogí un ladrillo y lo sopesé. Pesaba demasiado para que un niño como yo, de siete años, pudiera lanzarlo muy lejos. Sin embargo, no tenía que lanzarlo lejos, sino sólo romper un cristal.

Intenté meterme el ladrillo en el bolsillo del pantalón, pero era demasiado grande. Al final lo agarré con las dos manos y me encaminé hacia la tienda, como si fuera totalmente normal que un niño llevara un ladrillo por la calle.

Unas cuantas personas mayores me vieron, pero pasaron de largo. Nadie me prestó atención. Cuando llegué a la tienda, me detuve frente al escaparate y volví a sopesar el ladrillo. Me preguntaba si sonaría alguna alarma cuando rompiera el vidrio. ¿Me detendrían? Bueno, no me importaba nada, porque si conseguía volver al presente, me escaparía de la policía.

«¡Ánimo! —me dije— ¡Tíralo!»

Con las dos manos, levanté el ladrillo por encima de mi cabeza y…

Alguien me agarró por detrás.

16

—¡Socorro! —grité, y me volví inmediatamente—. ¡Papá!

—Michael, ¿qué haces aquí? —preguntó papá—. ¿Has venido solo?

Dejé caer el ladrillo sobre la acera, pero no me pareció que él lo viera.

—Quería darte una sorpresa —mentí—. Quería venir a verte después del colegio.

Me miró como si no comprendiera bien. Entonces añadí un toque tierno:

—Te echaba de menos, papi. —Él sonrió. —¿Me echabas de menos?

Estaba emocionado, se notaba.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó—. ¿En autobús?

Asentí con la cabeza.

—Ya sabes que no puedes coger el autobús tú solo —me recordó, pero no parecía enfadado. Sabía que lo de echarle de menos lo habría enternecido.

Mientras tanto, yo seguía teniendo el mismo problema que antes: llegar hasta el reloj de cuco. ¿Podría ayudarme papá? ¿Lo haría? Yo estaba dispuesto a intentarlo todo.

—Papá —dije—, ese reloj…

Papá me rodeó con el brazo.

—¿A que es precioso? Hace años que lo miro, me encanta.

—Papá, tengo que llegar hasta ese reloj —insistí—. ¡Es muy, muy importante! ¿Sabes cuándo volverán a abrir la tienda? ¡Tengo

que alcanzarlo como sea!

Mi padre me entendió mal. Me acarició la cabeza y me dijo:

—A mí también me fascina, Michael. Ojalá pudiera comprarlo ahora mismo, pero no tengo suficiente dinero. Quizás algún día…

Papá me apartó de la tienda.

—Venga, vámonos a casa. ¿Qué crees que habrá para cenar?

En el coche, de camino a casa, no dije nada. Sólo pensaba en el reloj y en lo que ocurriría.

«¿Qué edad tendré cuando me despierte mañana?», me pregunté.

17

Cuando abrí los ojos al día siguiente, todo había cambiado. Las paredes estaban pintadas de color azul celeste y la colcha y las cortinas eran de la misma tela, con un estampado de canguros saltarines. En una pared había un dibujo bordado de una vaca. No era mi habitación, pero me sonaba.

Noté un bulto dentro de la cama y al meter la mano bajo la colcha de canguros saqué a Harold, mi viejo osito de peluche. Poco a poco comencé a comprender. Había vuelto a mi antigua habitación, la que ahora era el cuarto de Tara. Pero ¿cómo había llegado hasta allí?

Al saltar de la cama me di cuenta de que llevaba un pijama de pitufos. Os juro que no recuerdo que me gustaran tanto los pitufos. Inmediatamente eché a correr hacia al baño para mirarme en el espejo. ¿Cuántos años tendría ahora? No lo sabía, pero tuve que subirme a la tapa del inodoro para verme la cara en el espejo. Mala señal.

¡Caramba! ¡Debía de tener unos cinco años! Bajé al suelo de un salto y corrí escaleras abajo.

—Hola, Mikey —me dijo mamá, abrazándome y dándome un gran beso.

—Hola, mami —respondí. Era increíble. Mi voz sonaba superinfantil.

Papá estaba sentado en la cocina, bebiendo café. Dejó la taza en la mesa y abrió los brazos.

—Ven a darle un besito a papi —me dijo.

Yo suspiré e hice un esfuerzo por correr a abrazarle y darle un beso en la mejilla. Ya no me acordaba de las tonterías que tienen que aguantar los niños pequeños.

Salí de la cocina y, con mis piernecitas de niño de cinco años, correteé por toda la casa: por el comedor, el estudio y de vuelta a la cocina. Faltaba algo. No, faltaba alguien: Tara.

—Siéntate un momentito, cariño —dijo mamá, mientras me levantaba y me depositaba en una silla—. ¿Quieres cereales?

—¿Dónde está Tara? —pregunté.

—¿Quién? —respondió mamá.

—Tara —repetí.

Mamá miró a papá, y éste se encogió de hombros.

—Ya lo sabes —insistí—. Mi hermana pequeña.

Mamá sonrió.

—Aaahh, Tara. —Finalmente parecía haber comprendido. Se volvió hacia papá y le susurró—: Es una amiga imaginaria.

—¿Qué? —dijo papá en voz alta—. ¿Que tiene una amiga imaginaria?

Mamá le miró con cara de reproche y me dio un bol de cereales.

—¿Cómo es tu amiga Tara, Michael?

Yo no respondí. Estaba demasiado estupefacto para hablar.

«¡No saben de quién estoy hablando! —descubrí—. Tara aún no existe. ¡Todavía no ha nacido!»

Por unos breves instantes me invadió una sensación de felicidad. ¡Tara no estaba! Podía vivir ese día sin ver, oír u oler a la terrible Tara. ¡Qué guay!

Pero entonces comprendí el verdadero significado de todo aquello. Un niño Webster ya había desaparecido. Yo sería el siguiente.

Después de acabarme los cereales, mamá me llevó arriba para vestirme. Me puso la camisa, los pantalones, los calcetines y los zapatos, pero no me ató los cordones.

—Vale, Mikey —me dijo—. Vamos a abrocharte los zapatos. ¿Te acuerdas de cómo lo hicimos ayer?

Mamá me puso los cordones en los dedos y los ató mientras cantaba:

—«El conejito salta alrededor del árbol y se esconde debajo del

arbusto.» —Y añadió—: ¿Te acuerdas?

Mamá se sentó para ver cómo lo hacía yo. Por su cara deduje que no esperaba que lo consiguiera. Me agaché y me até los cordones sin pensármelo dos veces. No tenía tiempo para perderlo en tonterías. Mamá me miró alucinada.

—Venga, mamá, vámonos —le dije, poniéndome de pie.

—¡Mikey! —exclamó mamá—. ¡Lo has hecho! ¡Te has atado el zapato por primera vez! —Me agarró y me dio un fuerte abrazo—. ¡Ya verás cuando se lo diga a papá!

La seguí escaleras abajo con cara de fastidio. Me había atado yo solo el zapato: ¡menuda hazaña!

—¡Cariño! —gritó mamá—. ¡Mikey se ha atado el zapato él solito!

—¡No me digas! —exclamó papá alegremente, y a continuación me dio la mano—. ¡Felicidades, hijo!

Esta vez oí que le susurraba a mamá:

—¡Ya era hora!

Yo estaba demasiado preocupado para ofenderme.

Mamá me acompañó al parvulario y le contó a mi profesora que había aprendido a atarme los zapatos. Gran emoción. El resto de la mañana tuve que pasarlo en ese sitio absurdo, pintando con los dedos y cantando la canción del abecedario, cuando lo único que me importaba era el reloj de cuco y la forma de regresar a la tienda de antigüedades.

«Tengo que llegar hasta ese reloj —decidí con desespero—. ¿Quién sabe? Mañana tal vez no sepa caminar.»

¿Pero cómo iba a llegar hasta allí? Ya había sido difícil conseguirlo con siete años. A los cinco, sería imposible. Además, aunque lograse coger el autobús sin que nadie me hiciese preguntas, no tenía dinero con que pagar.

Eché un vistazo al bolso de la profesora. Quizá pudiera robarle un par de monedas sin que ella se enterara. Pero si me pescaba, me metería en un buen lío y aún sería peor. Al final decidí colarme en el autobús; ya se me ocurriría cómo.

Cuando por fin se acabó la tortura del parvulario, salí corriendo del edificio para coger el autobús y…

Me estrellé contra mamá.

—Hola, Mikey —me saludó—. ¿Lo has pasado bien?

Me había olvidado de que mamá me venía a buscar al parvulario todos los días. Cuando me cogió de la mano con fuerza, me di cuenta de que no tenía escapatoria.

18

«Al menos estoy aquí —pensé cuando me desperté al día siguiente—. Estoy vivo, aunque tengo cuatro años. El tiempo se está agotando.»

Mamá entró en la habitación cantando:

—¡Levántate, levántate, querido Mikey, y verás qué buen día hace hoy! ¿Listo para ir a la guardería?

¡Oh, no! La guardería. Las cosas iban de mal en peor. Ya no podía más.

Mamá me dejó en la guardería después de darme un beso y decirme lo mismo de siempre:

—¡Que pases un buen día, Mikey!

Yo me senté en un rincón sin decir nada. Me quedé mirando a los otros niños y me negué a cantar o pintar o jugar en la arena. Estaba harto de juegos.

—Michael, ¿qué te pasa hoy? —me preguntó la puericultora, la señorita Sarton—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —le dije.

—Entonces, ¿por qué no juegas? —La señorita Sarton me observó un segundo y concluyó—: Creo que deberías jugar a algo.

Sin pedirme permiso, me cogió en brazos, me llevó afuera y me depositó en la arena.

—Mona jugará contigo —anunció alegremente.

«Mona era muy bonita a los cuatro años. ¿Por qué no lo recordaba?», me pregunté.

Mona no me dijo nada, sino que siguió concentrada en el iglú de

arena que estaba construyendo. Bueno, creo que era un iglú, o al menos era redondo. Iba a decirle «hola», pero de pronto me dio corte.

Enseguida me di cuenta de que era una tontería. ¿Por qué me tenía que dar vergüenza hablar con una niña de cuatro años?

«Además —pensé—, todavía no me ha visto en ropa interior. Eso no ocurrirá hasta dentro de ocho años.»

—Hola, Mona —dije con una voz de bebé totalmente ridícula. Me volví, avergonzado, pero nadie parecía haberlo notado.

Mona me miró con cara de asco.

—Puaj —exclamó con desprecio—. Un niño. Odio a los niños.

—Bueno —respondí yo con mi voz de pito—. Si eso es lo que opinas, yo no he dicho nada.

Mona me contempló fijamente, como si no acabara de comprender mis palabras.

—Eres tonto —decidió.

Yo me encogí de hombros y tracé unos cuantos círculos en la arena con uno de mis deditos gordezuelos. Mona cavó un foso alrededor de su iglú y a continuación se puso en pie.

—Que nadie destroce mi castillo de arena —me ordenó.

O sea, que no era un iglú. Me había equivocado.

—Vale —le prometí.

Mona se marchó, pero al cabo de unos minutos volvió con un cubo lleno de agua. Vertió un poco de agua en el foso de su castillo, y el resto me lo tiró por la cabeza.

—¡Idiota! —gritó y salió corriendo.

Yo me levanté y me sacudí el pelo como un perro mojado. De repente sentí unos deseos enormes de romper a llorar y pedirle ayuda a la señorita Sarton, pero conseguí reprimirme.

Mona estaba a unos metros de mí, preparada para echar a correr.

—*Elis, elis, puchinelis* —me provocaba—. ¡A que no me coges, Mikey!

Me aparté el pelo mojado de la cara y miré a Mona.

—¡No me atraparás! —gritó.

¿Qué podía hacer? Tenía que perseguirla.

Salí tras ella. Mona soltó un grito y corrió hasta un árbol situado

junto a la valla del patio. Allí había otra niña. ¿Sería Ceecee?

La niña llevaba unas gafas rosas de montura muy gruesa y un parche rosa en un ojo. Ya no me acordaba de aquel parche. Ceecee tuvo que llevarlo hasta bien entrado el primer curso de primaria.

Mona volvió a chillar y se agarró a Ceecee. Ceecee también la abrazó y las dos se pusieron a gritar. Yo me detuve frente al árbol.

—No os preocupéis. No voy a haceros daño —les aseguré.

—¡Sí! —gritó Mona—. ¡Socorro!

Yo me senté en el césped para probarles que no iba a tocarlas.

—¡Nos va a hacer daño! ¡Nos va hacer daño! —repitieron.

Cuando vieron que no me movía, se soltaron y me atacaron.

—¡Ay! —exclamé.

—¡Cógele los brazos! —ordenó Mona, y Ceecee la obedeció. Mona comenzó a hacerme cosquillas en las axilas.

—¡Basta, por favor! —les supliqué. Era una tortura—. ¡Parad ya!

—¡No! —exclamó Mona—. ¡Esto te pasa por perseguirnos!

—Yo… no… —Me costaba hablar mientras me hacían cosquillas —. Yo no quería…

—¡Sí que querías! —insistió Mona.

No recordaba que Mona fuese tan mandona.

«Si algún día vuelvo a mi edad real, creo que ya no me gustará tanto», pensé.

—Por favor, basta —volví a rogarles.

—Pararé —dijo Mona—. Pero sólo si me prometes una cosa.

—¿Qué?

—Que vas a trepar a lo alto de ese árbol —señaló el árbol junto a la valla—. ¿De acuerdo?

—Vale —consentí—. ¡Pero déjame ya!

Mona se puso en pie y Ceecee me soltó los brazos. Yo me levanté y me limpié la hierba de los pantalones.

—¡Te da miedo! —me provocó Mona.

—¡No me da miedo! —le respondí.

«¡Menuda pesada! —pensé—. Es casi peor que Tara.»

Mona y Ceecee empezaron a cantar:

—¡Michael tiene miedo, Michael tiene miedo!

Sin hacerles caso, agarré la rama más baja del árbol y empecé a trepar. Era más difícil de lo que había imaginado; el cuerpo de un

niño de cuatro años no es muy atlético que digamos.

—¡Michael tiene miedo, tiene miedo!

—Callaos —les grité desde lo alto— ¿Es que no veis que ya estoy arriba? Es absurdo que intentéis picarme diciendo que tengo miedo.

Las dos me miraron con esa expresión de no entender nada con la que antes me había mirado Mona.

—Mikey tiene miedo —volvieron a cantar.

Suspiré y seguí subiendo. Mis manos eran tan pequeñas que me resultaba muy difícil agarrarme a las ramas. De pronto uno de los pies empezó a resbalar y una idea terrible me vino a la cabeza.

«Un momento. No debería estar haciendo esto —pensé—. ¿No fue en la guardería donde me rompí el brazo?»

—¡¡¡¡AAAHHHHH!!!!

19

Era la mañana siguiente.

Bostecé y abrí los ojos. Agité el brazo izquierdo, el que me había roto el día antes trepando al árbol. El brazo estaba en perfecto estado, completamente curado.

«Debo de haber retrocedido en el tiempo una vez más —pensé —. Es lo bueno de estos viajes al pasado: esta vez no he tenido que esperar a que se me curase el brazo.»

Me pregunté cuánto tiempo habría pasado.

El sol entraba a raudales por la ventana de la habitación de Tara (ahora la mía) y proyectaba unas sombras extrañas sobre mi cara, unas sombras en forma de rayas.

Intenté bajarme de la cama, pero mi cuerpo topo con algo. ¿Con qué? Me alejé un poco para verlo. ¡Eran barrotes! ¡Estaba rodeado de barrotes! ¿Estaría en la cárcel?

Me incorporé para ver mejor, pero no me resultó tan fácil como de costumbre. Tenía los músculos del estómago más débiles. Finalmente, conseguí sentarme en la cama y mirar a mi alrededor.

¡No estaba en la cárcel, sino en una cuna! Junto a mí, toda apelotonada, yacía mi vieja manta amarilla con el bordado de un patito, y a mi alrededor había un montón de animales de peluche. Yo llevaba una camisetita blanca y…

«¡Oh, no! No puede ser. —Cerré los ojos horrorizado y recé—: ¡Por favor, que no sea verdad!»

Abrí los ojos para comprobar si mi oración había surtido efecto. Pero no. Efectivamente, llevaba pañales.

«¡Pañales! —me dije—. ¿Cuántos años tengo hoy? ¿Cuánto tiempo he retrocedido?»

—¿Estás despierto, Mikey?

Mamá entró en la habitación. Parecía muy joven. No recordaba haberla visto nunca tan joven.

—¿Has dormido bien, cielito? —preguntó mamá.

Estaba claro que no esperaba que le respondiera, ya que acto seguido me metió un biberón lleno de zumo en la boca. ¡Qué asco! ¡Un biberón! Me lo saqué de la boca y lo tiré al suelo.

Mamá lo recogió.

—No, no, no —dijo con paciencia—. Niño malo. Vamos, Mikey, bébete el zumito.

Volvió a metérmelo en la boca y, como tenía sed, me lo bebí. Beber de un biberón no era tan horrible como parecía.

Cuando mamá salió de la habitación, dejé de beber. Lo más importante era averiguar qué edad tenía para saber cuánto tiempo me quedaba. Me agarré a los barrotes de la cuna y me levanté.

«Bien —pensé—. Puedo ponerme en pie.»

Di un paso adelante. No podía controlar los músculos de las piernas demasiado bien, pero podía caminar por la cuna.

«Puedo andar —descubrí—. Con torpeza, pero al menos me muevo. ¡Debo de tener un año!»

Justo entonces me caí y me golpeé la cabeza contra el lateral de la cuna. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me puse a llorar como un loco.

Mamá entró corriendo en la habitación.

—¿Qué tienes, Mikey? ¿Qué ha pasado?

Me cogió en brazos y empezó a darme palmaditas en la espalda. Yo no podía parar de berrear. ¡Qué vergüenza!

«¿Qué voy a hacer? —pensé con desespero—. ¡En una noche he retrocedido tres años! Ahora sólo tengo uno. ¿Qué edad tendré mañana?»

Un escalofrío recorrió mi espaldita de niño.

«Tengo que encontrar un modo de hacer que el tiempo vaya hacia delante… ¡hoy mismo! —me dije—. Pero ¿cómo? Ahora ni siquiera voy a la guardería. ¡Soy un bebé!»

20

Mamá me dijo que íbamos a salir. Estaba a punto de vestirme, cuando pronunció las palabras fatídicas.

—Ya sé por qué estás así, Mikey. Necesitas que te cambie los pañales.

—¡No! —exclamé— ¡No!

—Sí, Mikey. Venga…

No quiero ni pensar en lo que ocurrió luego. Prefiero borrarlo de mi mente. Seguro que me comprendéis.

Cuando pasó lo peor, mamá me metió en el parque (otro sitio con barrotes) mientras ella hacía cosas por la casa. Yo agité un sonajero, sacudí un móvil que colgaba sobre mi cabeza y vi cómo giraba. Luego apreté los botones de un juguete de plástico y descubrí que cada botón hacía un sonido distinto: un pitido, un bocinazo, un mugido. ¡Qué aburrimiento!

Finalmente mamá volvió a recogerme. Me puso un jersey grueso y un gorrito de lana superridículo. Azul celeste, por supuesto.

—¿Quieres ir a ver a papi? —me preguntó con cariño—. ¿Quieres ir a ver a papi y luego de compras?

—Da da —balbuceé.

Había planeado decir: «Si no me llevas a Antigüedades Anthony, saltaré de la cuna y me romperé la crisma», pero no podía hablar. ¡Era tan frustrante!

Mamá me llevó en brazos hasta el coche. Me sentó en la sillita para bebés y apretó bien las correas. Intenté decir: «¡No tan fuerte, mamá!», pero me salió:

—¡No, no, no, no!

—No te quejes, Mikey —me ordenó mamá, apretando aún más la correa—. Ya sé que no te gusta la sillita, pero es la ley.

Nos dirigimos al centro.

«Por lo menos hay una posibilidad —pensé—. Si vamos a buscar a papá, pasaremos cerca de la tienda de antigüedades.»

Mamá aparcó el coche delante del bloque de oficinas de papá y me sacó de la sillita. De nuevo podía moverme, pero la libertad duró poco. Inmediatamente, mamá sacó un carrito del maletero, lo desdobló y repitió la operación de sentarme y sujetarme con las correas.

«La verdad es que ser un bebé es como estar prisionero —pensé, mientras mamá empujaba el carrito por la acera—. ¡No me había dado cuenta de lo horrible que es!»

Era la hora de comer. Una masa de oficinistas surgió del edificio y entre ellos vislumbré a papá. Papá le dio un beso a mamá y se agachó para hacerme cosquillitas en la barbilla.

—¡Mira mi niño! —dijo.

—Dile «hola» a papá —me animó mamá.

—Ho-la, pa-pá —balbuceé.

—Hola, Mikey —contestó papá cariñosamente. Sin embargo, cuando se levantó, comenzó a hablarle en voz baja a mamá, como si yo no lo oyera—. ¿No crees que ya debería decir más cosas, cariño? El hijo de Ted Jackson es de la edad de Mikey y ya dice frases enteras. Sabe decir «bombilla», «cocina» y «quiero mi osito».

—No vuelvas a empezar con eso —mamá le susurró enfadada—. ¡Mikey no es tonto!

Me revolví furioso en el carrito. ¡Tonto! ¿Quién había dicho que yo era tonto?

—Yo no he dicho que fuera tonto, cariño —prosiguió papá—. Sólo he dicho que…

—Sí lo has dicho —insistió mamá—. La otra noche, cuando se metió los guisantes en la nariz, dijiste que deberíamos hacerle unas pruebas.

«¿Que yo me metí guisantes en la nariz? —temblé—. Bueno, ya sé que meterse cosas en la nariz es un poco estúpido, pero sólo soy un bebé. Creo que papá está exagerando.»

Ojalá hubiera podido decirles que yo saldría bien, al menos hasta los doce años. Bueno, no soy un genio, pero casi siempre saco notables o sobresalientes.

—¿Por qué no discutimos esto más tarde? —sugirió papá—. Sólo tengo una hora para comer. Si queremos encontrar una mesa, más vale que nos demos prisa.

—Eres tú el que ha sacado el tema —replicó mamá, y le dio media vuelta al carrito.

Empezamos a cruzar la calle, seguidos de papá. Yo me fijé en las tiendas del otro lado de la calle: una panadería, una joyería, un café… Y lo que estaba buscando: Antigüedades Anthony. El corazón me dio un vuelco. ¡La tienda todavía existía!

«Por favor, llévame allí, mamá —recé en silencio, con los ojos fijos en el rótulo de la tienda—. ¡Por favor, por favor!»

Mamá empujó el carrito calle abajo, pasado la panadería, pasado la joyería, pasado el café… y ¡yupi! Nos detuvimos frente a la tienda de antigüedades. Papá se quedó mirando el escaparate con las manos en los bolsillos.

No podía creerlo. Por fin, después de todo este tiempo, me sonreía la suerte.

Miré fijamente a través del cristal, buscando el reloj. El escaparate estaba dispuesto como si fuera una antigua sala de estar. Recorrí los muebles con la mirada: una estantería de madera, una lámpara de mesa, una alfombra persa, una butaca enorme y un reloj… de mesa, no de cuco.

No era el reloj. El alma se me vino al suelo una vez más.

«No falla —pensé—. Ahora que por fin llego a la tienda de antigüedades, resulta que el reloj no está.»

21

Tenía ganas de llorar.

Y si hubiera querido, podría haber llorado tranquilamente. Después de todo era un bebé y nadie se habría sorprendido. Sin embargo, no lo hice. Aunque por fuera parecía un niño pequeño, por dentro tenía doce años. Todavía conservaba mi orgullo.

Papá entró en la tienda y aguantó la puerta para que mamá pasara con el carrito. Una vez dentro, mamá me abandonó allí, sentado y atado.

La tienda estaba repleta de muebles antiguos. Un hombre gordito de unos cuarenta años se acercó a nosotros. Detrás de él, en un rincón de la tienda, distinguí una silueta conocida: el reloj. El reloj de cuco.

En cuanto lo vi, se me escapó un gritito de alegría y empecé a agitarme en el carrito. ¡Qué cerca estaba!

—¿Qué desean? —le preguntó el hombre a mamá y papá.

—Estamos buscando una mesa de comedor —le dijo mamá.

Tenía que salir del carrito para llegar hasta el reloj. Me retorcí con más fuerza, pero no había manera; estaba bien atado.

—¡Sacadme de aquí! —grité.

Mamá y papá se volvieron para mirarme.

—¿Qué ha dicho? —preguntó papá.

—Algo como «la-ra la-rí» —sugirió el anticuario.

Me puse a hacer aspavientos y a gritar.

—Odia el carrito —explicó mamá. Entonces se agachó y me desató—. Si lo saco un momento puede que se calme.

Esperé hasta que me tuvo en brazos para volver a chillar y agitarme todo lo que pude.

Papá se puso rojo.

—Michael, ¿qué te pasa?

—¡Abajo, abajo! —grité.

—Vale, vale —murmuró mamá, al tiempo que me depositaba en el suelo—. Y ahora deja de berrear.

Me callé inmediatamente. Caminé un poco para probar mis piernecitas regordetas. Aunque eran bastante débiles y no me llevarían demasiado lejos, eran mi única esperanza.

—Vigílenlo —avisó el anticuario—. Hay muchos objetos frágiles.

Mamá me agarró de la mano.

—Ven, Mikey. Vamos a mirar unas mesas.

Mamá me llevó a un rincón de la tienda donde había varias mesas de madera. Yo gemí y me agité con la esperanza de escapar, pero ella me tenía bien cogido.

—Mikey, chissss… —me dijo.

Dejé que mamá me arrastrara hasta las mesas. Entonces eché un vistazo al reloj y me di cuenta de que eran casi las doce del mediodía. A las doce en punto saldría el cuco. Era mi única oportunidad de agarrar el pájaro y darle la vuelta a la cabeza.

Tiré de la mano de mamá, pero ella me apretó aún más.

—¿Qué te parece ésta, cariño? —le preguntó papá, pasando la mano por una mesa oscura.

—Creo que la madera es demasiado oscura para nuestras sillas, Hermán —le respondió mamá.

A mamá le llamó la atención otra mesa y cuando se dirigió hacia ella, intenté desasirme. Como no pude, tuve que seguirla hasta la segunda mesa. Miré el reloj de reojo. La aguja se había movido; eran las doce menos dos minutos.

—No podemos ser demasiado exigentes, cariño —comentó papá —. Los Berger vienen a cenar el sábado por la noche, o sea, dentro de dos días. ¡Y no podemos cenar sin una mesa!

—Eso ya lo sé, pero es absurdo comprar una mesa que no nos guste.

El tono de voz de papá empezó a subir, mientras que mamá adoptó una mueca característica.

«Ah, una pelea —pensé—. Esta es la mía.»

—¿Por qué no ponemos un mantel en el suelo y les decimos que coman allí? —dijo papá, irritado—. ¡Lo llamaremos «picnic»!

Finalmente mamá dejó de apretarme la mano. Yo me solté y correteé lo más rápido que pude hacia el reloj. La aguja se había movido. Más rápido.

Mis padres seguían discutiendo.

—¡No voy a comprar una mesa fea y punto! —exclamó mamá.

«Por favor, que no me vean —recé—. Todavía no.»

Al final logré llegar al reloj de cuco. Me quedé de pie frente a él, mirando la esfera. La ventanita del cuco estaba demasiado lejos, fuera de mi alcance.

De pronto el minutero volvió a moverse y sonó la campana. La ventanita se abrió, dejando paso al cuco.

—Cucú —dijo una vez—. Cucú —repitió.

Yo lo miraba con impotencia. Era un niño de doce años atrapado en un cuerpo de bebé.

Seguí contemplándolo.

Tenía que hacer algo, como fuera. Tenía que llegar hasta el pájaro.

22

—¡Cucú!

—¡Cucú!

Tres, cuatro. Sabía que cuando llegase al doce estaría perdido. El pajarito desaparecería, y con él la última oportunidad de salvarme. En un día o dos, yo me esfumaría. Para siempre.

Miré a mi alrededor con desesperación, buscando una escalera, un taburete, cualquier cosa. Lo que estaba más cerca era una silla, así que di unos pasitos y llegué hasta ella.

Empujé la silla con fuerza en dirección al reloj, pero ésta sólo se movió unos centímetros. Entonces dejé caer sobre ella todo mi peso (unos nueve kilos), que afortunadamente fue suficiente. La silla empezó a deslizarse por el suelo.

—¡Cucú!

—¡Cucú!

Cinco, seis.

Apoyé la silla contra el reloj. En ese momento descubrí un nuevo obstáculo; el asiento me llegaba a la barbilla. Intenté subirme ayudándome de los brazos, pero no tenía fuerza suficiente.

Entonces planté el pie sobre una pata de la silla y cogí impulso hacia arriba. Cuando estaba en el aire, me agarré a un adorno del respaldo y, a pulso, conseguí que mi cuerpo aterrizase en el asiento.

¡Por fin lo había conseguido!

—¡Cucú!

—¡Cucú!

Siete, ocho.

Primero me arrodillé y luego me puse de pie y alargué el brazo todo lo que pude para atrapar el pajarito.

—Cucú.

—Cucú.

Nueve, diez.

Me estiré al máximo, pero entonces oí la voz del anticuario que gritaba:

—¡Que alguien detenga a ese niño!

23

Oí unas fuertes pisadas. Venían a por mí.

Me esforcé por alcanzar el cuco. Un centímetro más y…

—¡Cucú!

Once.

Mamá me agarró y me cogió en brazos. En ese momento el cuco se me puso a tiro. Aproveché el momento y le retorcí la cabeza.

—¡Cucú!

Doce.

El cuco se retiró de nuevo al interior del reloj, mirando en la dirección correcta: hacia delante.

Me escurrí de los brazos de mamá y aterricé en la silla.

—Michael, ¿qué mosca te ha picado? —exclamó, mientras intentaba cogerme otra vez.

Yo la esquivé y alargué el brazo hacia el lateral del reloj, donde vi la pequeña esfera que indicaba el año. Tanteé en busca del botón que servía para cambiarlo y lo alcancé poniéndome de pie sobre la silla.

Apreté el botón con fuerza y me quedé mirando fijamente los números que se sucedían a toda velocidad. Mientras tanto oí al anticuario que gritaba:

—¡Saquen a ese niño de ahí!

Mamá me sujetó del brazo, pero yo pegué un grito tan fuerte que se quedó atónita y me soltó.

—¡Mikey, deja eso! —me ordenó papá.

Solté el botón cuando la aguja indicó la cifra correcta. El

número del año actual, el año en el que había cumplido doce años.

Mamá hizo otro intento de agarrarme y esta vez dejé que me cogiera.

«Ahora ya no importa lo que ocurra —pensé—. O el reloj funciona y yo volveré al futuro… o no funciona. ¿Y entonces qué? Desapareceré. Me esfumaré en el tiempo, para siempre.»

Esperé un poco.

—Lo siento mucho —se disculpó papá—. Espero que el niño no haya estropeado el reloj.

¡Qué nervios! No pasaba nada. Nada de nada. Esperé otro minuto.

El anticuario examinó el reloj.

—Todo parece estar en orden —le dijo a papá—. Excepto el año. Tendré que volver a cambiarlo.

—¡NO! —chillé—. ¡Noooo!

—Este niño necesita aprender buenos modales —comentó el anticuario.

Entonces alargó la mano para cambiar el año.

24

—¡Nooo! —lloré—. ¡Nooo!

«Se acabó —pensé—. Estoy totalmente perdido. Muerto.»

Sin embargo, el anticuario no llegó a tocar el botón. De pronto una luz cegadora inundó la tienda. Yo me sentí mareado, totalmente atontado. Cerré y abrí los ojos varias veces, pero pasaron varios segundos hasta que pude ver algo.

Lo primero que noté fue un aire fresco y húmedo. Olía a cerrado, como a garaje.

—Michael, ¿te gusta?

Era la voz de papá.

Volví a parpadear hasta que mis ojos se acostumbraron a la luz. Entonces vi a papá y mamá. Parecían mayores, bueno, normales. Estábamos en el garaje y papá me mostraba una reluciente bicicleta de montaña.

Mamá frunció el ceño.

—Michael, ¿te encuentras bien?

Me estaban regalando la bici, es decir que era el día de mi cumpleaños. ¡El reloj había funcionado! ¡Había conseguido volver al presente! Bueno, casi al presente. Al día en que cumplía doce años.

Era fantástico. Estaba a punto de reventar de felicidad. Corrí hacia mamá y la abracé con todas mis fuerzas, y luego le di un beso a papá.

—¡Caramba! —exclamó papá, sorprendido—. Ya veo que te ha gustado la bicicleta.

Sonreí de oreja a oreja.

—¡Es fabulosa! —proclamé—. ¡Me encanta todo! ¡Y todo el mundo!

La verdad es que era maravilloso volver a tener doce años. ¡Podía andar! ¡Hablar! ¡Ir solo en autobús!

«¡Eh! Un momento —pensé—. Es mi cumpleaños. No me digas que tengo que volver a vivir ese día.»

Me preparé para el horrible día que se me venía encima.

«Vale la pena —me dije—. Porque significa que el tiempo vuelve a ir hacia adelante, como debe ser.»

Sabía perfectamente lo que iba a ocurrir:

Tara. Mi hermanita intentaría montarse en la bici, se caería y el manillar se rayaría.

«Vale, Tara —pensé—. Estoy listo. Adelante.»

Pero Tara no apareció. Lo cierto es que no parecía estar por allí cerca. En el garaje no había ni rastro de ella.

Papá y mamá admiraban mi bici. No actuaban como si pasara algo o faltara alguien.

—¿Dónde está Tara? —les pregunté.

Ellos alzaron la vista.

—¿Quién? —me miraron sorprendidos.

—¿La has invitado a la fiesta? —preguntó mamá—. No recuerdo haber enviado ninguna invitación a nadie llamado Tara.

Papá me sonrió.

—¿Tara? ¿Es alguna niña que te gusta?

—No —respondí, ruborizándome.

Era como si nunca hubieran oído hablar de Tara. Como si no conocieran a su propia hija.

—Es mejor que subas y te prepares para la fiesta, Michael —sugirió mamá—. Los otros niños llegarán enseguida.

—Vale —Entré en casa, totalmente confundido—: ¿Tara?

Silencio.

¿Estaría escondida en algún sitio?

Después de registrar toda la casa, me dirigí a su habitación. Al abrir la puerta esperaba encontrar un cuarto de niña, pintado de color rosa, una cama con dosel y un gran desorden.

En su lugar, vi dos camas bien hechas con colchas a cuadros, una silla y un armario vacío, pero ningún objeto personal. No era el

cuarto de Tara, sino una habitación de invitados.

«¡Qué alucinante! —pensé—. Ni rastro.»

Tara no existía. ¿Cómo podía ser?

Entré en el estudio en busca del reloj de cuco y descubrí que tampoco estaba ahí. Por un momento me invadió una sensación de miedo, pero enseguida me tranquilicé.

«Ah, ya —recordé—. Todavía no tenemos el reloj. Papá lo compró un par de días después de mi cumpleaños.»

Sin embargo, aún no comprendía lo que había pasado. ¿Qué le había ocurrido a mi hermana pequeña? ¿Dónde estaba Tara?

Mis amigos llegaron a la fiesta. Escuchamos música y comimos patatas fritas. En un momento dado, Ceecee me llevó a un lado y me confesó que yo le gustaba a Mona. ¡Qué sorpresa! Miré a Mona; ella se ruborizó un poco y apartó la vista con timidez.

Tara no podía ponerme en evidencia, por lo que la fiesta fue muy distinta. Mis amigos me trajeron regalos y (¡sorpresa!) los abrí yo mismo. Tara no estaba allí para abrirlos antes de que yo pudiera hacerlo.

A la hora del pastel, yo lo llevé al comedor y lo deposité en medio de la mesa. Sin problemas. Ni me caí ni hice el ridículo, porque Tara no estaba allí para hacerme tropezar.

Fue la mejor fiesta de cumpleaños de mi vida. Probablemente fue el mejor día de toda mi vida, porque Tara no estaba allí para estropearlo.

«No estaría mal vivir siempre así», pensé.

Unos días más tarde trajeron el reloj de cuco.

—¿A que es genial? —exclamó Papá con el mismo entusiasmo que la primera vez—. Anthony me lo vendió barato porque dijo que había descubierto un pequeño defecto.

El defecto. Casi lo había olvidado. No sabíamos de qué se trataba, pero me pregunté si tendría algo que ver con la desaparición de Tara.

«¿Puede ser que el reloj no funcionara perfectamente? —me pregunté—. ¿Que se hubiera dejado a Tara en el pasado?»

Apenas me atrevía a tocar el reloj. No quería desencadenar otro de esos viajes extraños por el tiempo, pero tenía que saber lo que

había ocurrido.

Inspeccioné con detalle la esfera principal del reloj y todos los adornos. Luego me fijé en la esfera pequeña que mostraba el año, el año actual. Sin pensar, empecé a leer los números en busca del año de mi nacimiento.

Ahí estaba. Seguí leyendo para volver al año actual: 1984, 1985, 1986, 1987, 1989…

«Un momento —pensé—. ¿Falta un año?»

Volví a comprobar las fechas. Faltaba el año 1988. El número no estaba. ¡Y 1988 es el año en que nació Tara!

—¡Papá! —exclamé—. ¡He encontrado el fallo! Mira, falta un año en la esfera pequeña.

Papá me dio unos golpecitos en la espalda.

—¡Buen trabajo, hijo! Qué raro, ¿no?

Para él no era más que un fallo extraño. No tenía ni idea que por culpa de ese defecto su hija no había nacido.

«Supongo que debe de haber un modo de retroceder en el tiempo y traerla de vuelta —pensé—. Supongo que debería hacerlo. Y lo haré, lo prometo…

»Uno de estos días.»



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.